

SS

SERVICIO SECRETO

VIC PETERSON

EL SUICIDA ASESINADO

EL SUICIDA ASESINADO

VIC PETERSON

EL SUICIDA ASESINADO

1.ª EDICIÓN
NOVBRE.–1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

168. — El caso de las mellizas. **170.** — Una bala para cinco. **172.** — Espectros en la bolera. **176.** — Aprendices de detective. **178.** — El caso del Landrú californiano. **184.** — La muerte borra las huellas. **208.** — El caso del verdugo chino. **210.** — El heraldo de la muerte

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. – Proyecto, 2 – Barcelona

El SUICIDA ASESINADO

por VIC PETERSON



CAPÍTULO PRIMERO

El poste con sus cuatro flechas en aspa tenía en su centro un disco plateado anunciando que la próxima localidad en la carretera de Hudson era Mound Troy.

Y dos cifras en rojo advertían que el máximo permitido no debía sobrepasar las treinta millas. Pero Ralf Banister tenía prisa y el «Pontiac» obedecía tan suavemente, adaptándose con tanta seguridad al asfalto de la autopista, que resultaba casi imposible prestar atención al oscilador del cuentamillas.

En aquella recta que quedaba para finalizar el viaje emprendido una hora antes, parecía que la ciudad de los rascacielos, la Meca de los europeos, no distaba cuarenta millas, sino cientos de miles.

Granjas aisladas, praderas densamente verdes, y el río, que no era ya una arteria más desembocando en Nueva York ciudad, sino un plácido río provinciano.

Pero el rostro taciturno del único ocupante del lujoso «Pontiac» se contrajo en mueca que acentuaba más la ceñuda expresión, al percibir como en instantánea ultrarrápida la maniobra del individuo sentado de lado sobre el sillín de una moto, ahorquillada a la sombra de unos árboles.

Una bota lustrosa alzándose, un taconazo, y en una fracción de segundo el indolente motorista se convirtió en proyectil embalado lanzado en trayectoria rectilínea tras el parachoques posterior del «Pontiac».

Ralf Banister frenó progresivamente arrimándose a la cuneta, y cuando el coche estaba parado tenía ya al motorista cruzando la máquina ante el radiador.

Las botas lustrosas, el pantalón bombacho pardusco con ribete amarillo, la camisa caqui, la corbata y la gorra eran prendas impecables.

El rostro era bonachón, aunque su dueño se aproximara

esgrimiendo el carnet y lápiz.

Ralf Banister se apretó los extremos de las cejas con el pulgar y el dedo medio de la mano izquierda. Le volvía la hemicránea…

—Buenos días. Si tiene prisa abreviaremos, señor…

Se inclinó el agente del tráfico por la abierta ventanilla, y leyó en el cilindro:

—«Ralf Banister, permiso por seis meses, extendido en Ellis Island, avalado por el consulado noruego.» Mi detector marcó las cuarenta y siete cuando me pasó por delante, señor Banister. ¿Se encuentra mal?

Banister apartó de sus sienes la presión de sus dedos y forzó una sonrisa.

—Un leve dolor de cabeza, pero si es preciso puede aplicarme el control «ALC-Test». Hace más de doce horas que no he recibido una gota de ginebra, que es mi tónico recetado.

Parsimoniosamente arrancó el agente la hojilla tercera del block, donde el calco había reproducido la hora exacta, el sitio y la contravención.

La colocó entre el cristal y el tope de goma del parabrisas, y tendió su block y el lápiz.

—¿Tiene la bondad de firmar, señor Banister?

Ralf Banister garabateó su firma, y su correcto inglés académico hizo más agradable su sincera declaración al devolver block y lápiz.

—Dije en cierta ocasión que en Norteamérica hasta resulta una gentileza ser multado. No era por exceso de velocidad, sino por aparcar indebidamente. Y ya que estamos conversando, por su placa que le acredita de la plantilla de Troy District, ¿puede decirme dónde me informarán en Mound Troy de la dirección de una persona que tiene alquilado un *cottage* por los alrededores?

—Tal vez yo mismo pueda informarle.

—Deseo ver al señor Krusberg; Magnus Krusberg.

El rostro bonachón pareció contagiarse repentinamente de las frecuentes hemicráneas de su interlocutor, porque se contrajo, y los párpados se entornaron.

—¿Magnus Krusberg, el financiero noruego?

—Sí, el mismo.

—Bien… Yo creo que le informarán detalladamente, en el «Motel», que encontrará a menos de una milla, al final de la recta. Buen viaje, señor Banister.

El agente fué a cabalgar su moto, y describió un corto viraje, para regresar a su puesto de acecho.

Ralf Banister embragando pensó que eran efectos de su jaqueca, que agudizaba su carácter receloso, el haber imaginado que aquel funcionario dedicado exclusivamente a multar conductores, adquiría

expresión de sorpresa al oír mencionar a Magnus Krusberg.

Había algunas personas que tenían barruntos de que Magnus Krusberg era una especie de *gangster* de las finanzas; pero hasta ahora nadie podía demostrarlo. Menos aún iba a sentirse escamado un simple motorista ajeno a investigaciones difíciles.

Al final de la recta apareció el cobertizo sobre el que una gran pancarta decía:

«MOTOR HOTEL 33»

Bajo el cobertizo detuvo su coche, alineándolo junto a un «Leyland». Indudablemente no era un cliché europeo el suponer que los Estados Unidos ofrecían un gran sentido práctico en resolver los pequeños problemas para el viajero.

A lo largo de las autopistas se jalonaban los hoteles de aquella categoría, establecimientos a disposición de los automovilistas.

Gemelos todos ellos en su estructura, y de fácil orientación. A la derecha, el bloque de habitaciones con derecho a restaurante, con taquilla junto a la puerta de entrada, que se traspasaba previo pago de veinticinco dólares que daban derecho a cinco comidas y una habitación por un día entero.

Ralf Banister se dirigió a la puerta del bar, empujó los batientes, y fruncido el entrecejo sólo tuvo por unos instantes un único deseo.

Divisó vagamente el color blanco, y el gorrillo, del que decía:

—Buenos días, ¿Que le sirvo?

—Gin Cinco Estrellas.

Extrajo del bolsillo superior de su americana deportiva un tubo de plástico, y con el pulgar descorrió el vertedor, que depositó en la palma de su diestra cuatro comprimidos blancos.

Taponó de nuevo el tubo, y el único cliente del bar que lo estaba observando por pura rutina profesional, decidió mentalmente que el alto y ceñudo bebedor de ginebra a sorbitos debía hacer un gran consumo de aquellos comprimidos.

Cada gesto era matemático en el zurdo bebedor de ginebra, que al depositar el vaso vacío y haber deglutido los cuatro comprimidos, fijó los verdosos ojos en el *barman*.

Fué por intuición que Alex Gilroy, que había entrado a beber cerveza, se aproximó más al recién llegado.

—¿Qué le debo? — preguntó Banister.

—Medio dólar.

Una pregunta y una respuesta completamente banales, pero el acento del que tendía un dólar era extremadamente interesante para Alex Gilroy.

—Guarde el cambio. ¿Puede informarme de la dirección del

cottage alquilado en las afueras de Mound Troy por el señor Magnus Krusberg?

El camarero, que se disponía a ser un complaciente guía para forasteros, trocó su sonriente expresión por una mueca sorprendida.

Ralf Banister, muy mejorado de su jaqueca, empezó a temer que sufría de alucinaciones. Por segunda vez en minutos, citar dos nombres provocaba una sacudida de estupor.

El camarero miró al que distaba medio metro de Banister, y éste ladeó el rostro.

Vió a un individuo de mediana estatura, hombros anchos y cara inteligente, pese a la deformada nariz chata, que era rasgo brutal en el fino semblante de labios delgados, ancha frente y ojos escrutadores.

—Yo puedo informarle, porque vengo precisamente de ver a Magnus Krusberg. Me llamo Alex Gilroy.

—Tanto gusto. ¿Está lejos de aquí el domicilio de Krusberg?

El camarero seguía con mucha atención, más que las frases, las expresiones de los dos clientes. Era curioso para él presenciar la toma de contacto de dos hombres extraños.

No eran dos vulgares y corrientes viajeros, aquellos dos que parecían recelar mutuamente, estudiarse. Había algo de felino en el alto, vestido deportivamente de franela gris, y de brutal inteligencia en el chato, que llevaba ya más de una hora allí, como esperando a alguien o algo…

—No está muy lejos — dijo Gilroy, tras una pausa —. Si quiere puedo llevarle en mi coche.

Ralf Banister, que tenía fama de ser correcto, ya había cometido una infracción al no dar su nombre a Gilroy. Contestó secamente:

—Tengo coche.

Alex Gilroy se encaminaba ya hacia el exterior, y el camarero experimentó la sensación del espectador a quien le sacan de su absorción en una escena importante por rotura de la película.

No podía seguir ya el emocionante inicio de la toma de contacto entre el hombre de la nariz rota, que tenía un bulto delator en su hombro izquierdo, y el esbelto atleta de los ojos verdes, que preguntaba por un hombre que desde la noche anterior constituía el tema principal de conversación en Mound Troy.

Alex Gilroy, bajo el cobertizo de los coches, chasqueó la lengua expresivamente al detenerse Banister junto al «Pontiac».

Y Banister, completamente despejado por las aspirinas y la ginebra, receta de un eminente especialista para su caso particular, se sintió amablemente irónico:

—Un forastero en Norteamérica está perdido si no posee un coche, y más si debe recorrer las numerosas ciudades importantes de esta gran nación. Me llamo Ralf Banister… como ha podido ya leer.

Alex Gilroy sonrió, pero sólo con los labios. Sus ojos seguían siendo escrutadores.

—Y es también noruego, como Krusberg.

—Por lo visto, hoy es un día en que ser noruego suscita espasmos de estupefacción.

—A mí no mucha, porque mi apellido materno es Björnson, y nací en Oslo. Pero llegué a Nueva York cogido de la mano de mi madre.

Ralf Banister arqueó las cejas al preguntar:

—¿Tiene relaciones de amistad o de negocios con Krusberg?

—Le aseguro que siendo mi oficio enjaretar preguntas, siempre me coge de improviso ser interrogado. ¿Desea ver a Krusberg?

—A eso he venido desde Nueva York.

Subió Banister para poner el contacto, y asido el volante, esperó. Sabía que el ambiente que rodeaba a los Krusberg era brumoso, enigmático…

Lo que no sabía era clasificar a Alex Gilroy Björnson, natural de Oslo, como los Krusberg. ¿Periodista, «hombre de acción», guardaespaldas…?

Sentándose a su lado, Gilroy dijo:

—Carretera adelante, vire a la izquierda cuando encuentre el primer cruce. ¿No le molesta que le acompañe, señor Banister?

—Al contrario. Es una amabilidad que agradezco. Además somos compatriotas puesto que también nací en Oslo.

—El mundo es un pañuelo — anunció seriamente Gilroy —. ¿Le espera Magnus Krusberg?

—No creo. Y casi celebro su oportuna intervención, porque siempre es preferible ser presentado a tener que presentarse.

—¿No conoce entonces a Magnus Krusberg?

—De oídas, y confío en que él también de oídas me conozca.

—¿También financiero, señor Banister?

Ralf Banister esperó a que pasara el camión con remolque, y viró para embalar en la toma de pendiente del camino a la izquierda.

No era siquiera una carretera de tercer orden. Más bien, un camino vecinal, remontando unos cincuenta metros, hasta allanarse en recta flanqueada por altozanos con cercas rústicas.

—¿Es usted periodista, señor Gilroy?

—¿Usted qué cree?

—Que los dos tenemos un vicio en común, y siendo del sexo masculino empleamos la táctica de Eva. Usted pregunta, y por respuesta correspondo con otras preguntas. La realidad es que ignoro la razón, pero tengo una certeza. Usted desconfía de mí por el simple hecho de que vengo de Nueva York a preguntar por Magnus Krusberg. Tengo entendido que Krusberg tiene un secretario particular que es campeón de tiro. Y usted lleva una americana bien cortada; pero debe

tener predilección por el calibre grueso. ¿*Colt* 45?

—¡Caramba, caramba con el señor Banister! — exclamó entre dientes Alex Gilroy, chispeantes los ojos —. Llegó al bar caminando como un ciego, o un automovilista bajo los efectos de la insolación. Pidió ginebra, y se tomó cuatro píldoras, que deduzco deben darle a sus ojos calidad de rayos X, porque no creo que la tela sea transparente…

—Soy técnico en criminología, y las armas constituyen, como si dijéramos, la asignatura elemental de mi carrera. El pueblo está lejos, y este camino parece llevarnos a una granja.

—Lleva al sitio donde encontrará a Magnus Krusberg. Allí mismo, a la derecha, aquel sendero bajando…

Ralf Banister cambió la marcha, y fué frenando hasta que el «Pontiac», en la explanada, ante las blancas tapias, se detuvo junto a otros dos coches: un «Studebaker» y un dos plazas «Lincoln», femenino en su tapizado color crema con apliques azules.

El «Studebaker» era propiedad de Magnus Krusberg. Blindado.

Por encima de las tapias se divisaban las hileras de cipreses, y la abierta verja dejaba entrever parterres con lápidas blancas…

Ralf Banister, mirando al que encendía un cigarrillo, preguntó:

—¿Asiste a un entierro Magnus Krusberg?

Exhalando una bocanada de humo, replicó Gilroy, mirando por el retrovisor:

—En cierto modo, sí. A su propio entierro.

CAPÍTULO II

Ralf Banister encogió un poco el cuello, y pasándose la zurda por los labios, murmuró:

—En Noruega tenemos un peculiar sentido del humor, Gilroy, pero no rebasamos el límite permitido que diferencia la jovialidad y el mal gusto.

—Soy osado y jovial, pero no grosero mientras no lo sean conmigo, y Magnus Krusberg no tuvo ocasión de ser grosero conmigo.

—Pudo decirme en el bar que… Krusberg había muerto.

—Murió ayer noche. Yo me separé de la comitiva cuando abandonaban la casa. No me agradan estas ceremonias porque soy impresionable y detesto filosofar. Y si entrásemos me daría por filosofar. Un hombre dominador, inteligente, hábil, sano de cuerpo que ayer mismo era un organismo casi perfecto, y ahora… Una caja, unos puñados de tierra, unas plegarias…

—No tengo tampoco motivo alguno para presenciar la última y definitiva actitud de Magnus Krusberg. Prefiero sondear en la humanidad viviente, Gilroy.

Acodado al volante, Ralf Banister se concentró un instante, y prosiguió:

—Nací en Oslo, cursé leyes, me especialicé en criminología, y tuve la suerte de ser consultado en algunos casos, iniciando un ciclo de conferencias que me llevaron desde Oslo a Estocolmo y Copenhague, recibiendo el espaldarazo cuando me invitaron desde Londres, primero en clubs de curiosos intelectuales, y después el propio superintendente de la Universidad adscrita al Scotland Yard. En Londres me sorprendió la declaración de guerra, y puesto a elegir entre volver a Noruega o aceptar un ciclo de conferencias por dos años garantizados en Norteamérica, vine a esta nación. He recorrido el sur y oeste medio. Llegué hace cinco días a Nueva York, y pensé que podía darme materia para la obra que estoy planeando obtener ciertos datos de Magnus Krusberg, si éste quería proporcionármelos. No eran preguntas insidiosas acerca de él, sino de un familiar suyo, que ha adquirido triste fama en Oslo. Ayer al mediodía me dijeron que Krusberg no estaba en la ciudad, sino que se hallaba en Mound Troy, donde tenía una casa de campo. Pero el personal empleado en sus oficinas no quiso darme la dirección. Al parecer, Magnus Krusberg tenía totalmente prohibido dar a nadie esta dirección…

Ralf Banister, que tendía la zurda hacia el cementerio, encogió el brazo y se corrigió:

—Quise decir su casa de reposo. No vine hasta esta mañana, porque padezco de intermitentes cefalalgias de origen indefinible, y ayer por la tarde se inició una de las crisis agudas. Los neurólogos consultados me han afirmado que se deben a una especie de «surmenage», porque tengo la funesta manía de pensar constantemente, y han resultado inútiles mis pruebas del método llamado «relajamiento cerebral». Tengo treinta y dos años, soy soltero, y aparte pequeños incidentes vulgares, mis antecedentes son honorables… si usted es, como deseo suponer, una persona honrable.

Alex Gilroy asintió gravemente al contestar:

—Estamos en mutua buena compañía, Banister. No es preciso que salgamos huyendo… Ni tenemos obligaciones sociales que nos inciten a dar el pésame. Este caballero, que ya ha cumplido socialmente despidiendo eternamente a Magnus Krusberg, es el campeón de tiro, el secretario particular del difunto. Se lo presentaré en mejor ocasión, si persiste en su deseo de obtener material sobre algún Krusberg, y Nils Korman quiere proporcionarlo…, que lo dudo.

Nils Korman, traje cruzado negro a rayitas blancas, alto y flaco, muy rubio el largo cabello ondulado, llevaba en la diestra un

sombrero gris. Miró hacia el «Pontiac», dedicó una leve inclinación de cabeza correspondiendo al ademán que Gilroy le hizo asomando la diestra por la abierta ventanilla, y abrió la portezuela del «Studebaker».

Un pastor protestante, seguido de su acólito, llegaron junto al coche blindado, subieron para instalarse atrás, y Nils Korman al volante, encasquetado su sombrero de fieltro, dedicó otra ceremoniosa cabezada a Gilroy cuando el blindado pasó al lado del «Pontiac».

—Nils Korman se disfrazó una vez de *cow-boy*, y le retrataron en un decorado de cactos y líneas curvas que quería ser un desierto. Llevaba las prendas adecuadas: camisa a cuadros, chaleco, zahones, el sombrero «decalitro». Y su rostro largo y enjuto, su mirada indiferente de hombre seguro de sí mismo encajaban con el disfraz y el marco. Cara de jugador de *poker*, o de tipo para quien la vida no vale cara. Ni la suya ni la ajena. Esta es la impresión que saqué de Nils Korman.

—Para un hombre de la personalidad de Magnus su entierro ha sido casi mísero.

—Por expresa disposición testamentaria, Magnus Krusberg tenía previsto este caso. Si moría en Noruega, quería ser enterrado en Fossborg, y al igual si moría en cualquier ciudad europea. Para el caso presente, era allí… donde deseaba reposar definitivamente, y especificó que no quería la menor manifestación de duelo. A su modo, era amante de la verdad en ciertos detalles, y comprendió que nadie le lloraría sinceramente, porque su fortuna le granjeó muchos enemigos.

—Por lo que supe acerca de Magnus, disfrutaba de excelente salud, y era relativamente joven.

—Cuarenta y cuatro años.

—¿De qué murió? ¿Ataque cardíaco?

—Dos balazos en la frente.

Volvió Banister a encoger el cuello, y casi le exasperó el flemático sistema expositivo de Alex Gilroy.

—Dos balazos bien definidos, con acopio de certificados por el comisario de Mound Troy, el forense, el capitán detective Mullins, que vino de Nueva York con toda su brigadilla, y no existió la menor oposición legal a que fuera enterrado transcurridas las horas mínimas dispuestas por la ley. Un suicidio. Neto, indiscutible y sin error.

—¿Qué motivos dejó escritos?

—No era un suicida vulgar. Según la tesis dada por segura, apoyada por declaraciones de los dos médicos neoyorquinos que asistían a Magnus en sus leves achaques, Magnus sufría de una enfermedad que podría llamarse «melancolía profunda». En el fondo era un sentimental fracasado. Entre diez y once de la noche cogió su revólver, y lo encontraron con la cabeza rota sobre la mesa de su despacho. Empuñaba el arma en la que faltaban los dos plomos, y

todos los técnicos, sin la menor duda, determinaron el suicidio. Causas: depresión nerviosa momentánea. Un hombre que había triunfado en los negocios y que no tenía ya ambición alguna. Antes, a esta enfermedad la llamaban «spleen», aburrimiento vital… Tarda en salir.

—¿Quién? — preguntó sobresaltado Banister, viendo que Gilroy miraba hacia la verja abierta —. Escuche, Gilroy… Es pronto aún para que me acostumbre a su modo de ser. Estaba hablando de Magnus, y acaba de decir que tarda en salir… mirando «allí».

—Me refería a ella. Perdón y excusa — sonrió Gilroy, empleando la fórmula noruega amistosa —. Usted no estaba en la casa esta mañana, y no vió a la que vino con Nils Korman a echar su puñado de tierra sobre el féretro, sencillo, de pino oloroso, rústico. Pero aquel coche no es de sepulturero. Es una filigrana para ser conducida por una mujer. Hablábamos del suicidio. Usted, un técnico…

—Sí, ya sé que debí expresar mi teoría contraria al suicidio puesto que había dos balas disparadas; pero puedo citar muchos casos en que la energía postrera manteniendo el índice sobre el gatillo ha dejado en el cadáver del suicidado más de una bala. Dijo usted que Magnus se suicidó entre diez y once. ¿Estaba solo en la casa?

—A las nueve y media, después de cenar en compañía de su secretario y de Sonia Brendel…

—¿Sonia Brendel?…

—La misma, sí. La gran actriz, la preciosidad escandinava, la maravillosa venusina, y todo eso que dicen los periodistas. En realidad, es fascinante, indescriptible. Ya lo verá usted mismo si no ha gozado ya de la delicia de ver a Sonia.

—Fotografiada.

—Al natural sale ganando. A las nueve y media, tras servir la cena, regresó al pueblo el matrimonio escandinavo que atiende la casa. Gente perfectamente incapaz de nada que pida inteligencia. Comprobado dónde estuvieron a partir de las nueve y media, por pura rutina policíaca. Sonia y Nils Korman estuvieron desde las diez menos cuarto hasta medianoche en el «Luxor» de Albany, donde solía ir Magnus siempre que venía a Mound Troy. Allí fué a buscarles el comisario, a quien le telefoneó un granjero irreprochable a eso de las once. Había oído dos disparos procedentes de la casa de campo alquilada por Magnus y fué a ofrecer sus servicios de vecino, encontrando el cadáver. No entró, sino que miró por la ventana del despacho personal, donde se recluía Magnus cuando estaba «melancólico». Me place oírle comentar o hacer preguntas, Banister.

—Los técnicos han manifestado que fué suicidio. Y en casos así no cabe error en el diagnóstico. Un suicidio simulado, salvo en caso de administración de veneno, se descubre por indicios que escapan al

profano, pero no a los técnicos.

—Ha aludido usted a una posible simulación. ¿Por qué?

—Basándome, simplemente, en su modo de comportarse conmigo, Gilroy. Usted no discute el suicidio, pero tiene una idea personal. Supone que el suicidio pudo ser originado por causas distintas a depresión, y no en vano es usted policía.

—Llevo revólver, pregunto, visito la casa, me saluda Korman, he leído el expediente, las conclusiones forenses, el dictamen final… Pues, no, no soy policía en el sentido estricto de la calificación. Soy un investigador privado, pero no de esos de las películas que andan a la greña con la policía. Tengo un carácter independiente y por eso me han tolerado como adscrito al Cuerpo de Detectives de Nueva York sin percibir emolumentos oficiales.

Hizo una pausa Gilroy para encender otro cigarrillo, y manifestó:

—Tarda mucho Sonia. Ya no me incitará a filosofar la tumba cerrada. Me pone impaciente esperarla.

Bajó también del coche Banister, preguntando:

—¿La espera? Usted estaba en el bar del «motel».

—Porque esperaba a que terminase la ceremonia luctuosa para visitar a Sonia. Creo que es por el mero placer de verla.

Estaban ya cruzando el umbral del cementerio.

—No me ha dicho quién le llamó para comunicarle el suicidio —dijo Banister.

—Va usted a formarse una opinión deplorable de mi sentido común, si me veo obligado a contestarle que me llamó el difunto.

Alex Gilroy se dirigió hacia el recuadro de hierro forjado, donde concordaba con el sol del mediodía la silueta femenina en actitud de reflexión. No era una estatua mortuoria, sino un prodigio de vitalidad y belleza, Sonia Brandal.

CAPÍTULO III

En el silencio diurno no resultó irreverencia la voz melodiosa, rica en matices, grave, de contralto, con la que Sonia Brendel acogió al detective saliendo a su encuentro.

—Me juzgará teatral, señor Gilroy, pero al quedarme a solas he perdido la noción del tiempo. Desde la medianoche, cuando supe que Magnus había puesto fin a su vida, tengo una extraña sensación de confusionismo, y el hecho de no haber podido dormir ni unos instantes no contribuye a devolverme la claridad mental.

Sonia Brendel miró de pronto a Banister y en su semblante hubo

expresión de fastidio, de enojo contenido. Murmuró:

—Prometieron hacer lo posible para que la Prensa no acudiera, señor Gilroy.

—Mi acompañante no es periodista. Es compatriota nuestro, una eminencia técnica en criminología científica…

—Perdonen — atajó ella —. Aquí ahora no logro normalizarme. Y como le prometí hablar confidencialmente con usted, señor Gilroy, le ruego pospongamos la entrevista. ¿Tiene inconveniente en verme mañana al mediodía en mi departamento?

—Comprendo perfectamente su abatimiento. ¿Desea que la acompañe?

—No, gracias. Hasta mañana. Buenos días, señores.

Se alejó ella, y Ralf Banister permaneció unos instantes indeciso, hasta que imitó al que dando media vuelta se apoyó en el enrejado.

Inclinó también la cabeza, en silencio. No sabía si Gilroy rezaba, aunque en su achatado perfil los delgados labios se movían.

La lápida inclinada, con cruz y corona cinceladas era escueta:

R. I. P.
Magnus Krusberg Fossborg
1899-1943

Alex Gilroy aplastaba bajo el sobaco su fieltro azul, y cuando ya no se oyó el ruido del motor del *roadster* «Lincoln», volvió la espalda a la tumba sencilla, encaminándose con Banister hacia el umbral.

—Sepultureros discretos y un lugar apacible, como deseaba Magnus, cuya existencia no tuvo nada de apacible. Dijo usted antes que yo suponía que el suicidio de Magnus no obedecía a spleen de hombre que lo tenía todo menos amistades sinceras y amor. No tengo la menor idea de la causa que incitó a Magnus a alojarse dos balazos en la frente. Pero en nuestra época de complejos yo poseo arraigado el de sospechar de todo, y más cuando me consta que Magnus era un *gangster* de las finanzas.

De nuevo al volante, Banister maniobró, y cuando el «Pontiac» abandonaba la explanada, no visibles ya los cipreses, manifestó:

—El difunto le llamó, Gilroy.

—Sí, y es preciso una aclaración preliminar. La hermana de Magnus, Janis, residente en Londres, vino a Nueva York el año pasado. Me contrató en mi calidad de yanquinoruego y detective recomendado para dedicar mi atención a cualquier incidente relacionado con Magnus. Ella me dijo que Magnus no debía saber que yo percibía paga de una Krusberg, para remitirle semanalmente, por avión, noticias de Magnus. Vino a decirme que, pese a estar reñida con su hermano menor, deseaba saber con detalle su manera de vivir,

porque ella estaba en condiciones de avisarme sí, por cualquier indicio en mis informes, podía ella deducir peligro. El último informe lo remití hace seis días, manifestando que Magnus seguía siendo un cronómetro, y que continuaba acompañando asiduamente a la hermosa Sonia. ¿Por qué le cuento todo esto? Porque dos técnicos ven más que uno solo, y además nacimos en Noruega, como todos ellos: como Nils Korman, como Sonia Brendel, como Janis Krusberg… como Olaf Krusberg.

—Era sobre Olaf que tenía intención de preguntarle a Magnus.

—Concretamente, ¿acerca de qué?

—Olaf Krusberg, antes de que los alemanes ocuparan Oslo, era un aristócrata soñador, un caballero intachable, han declarado todos cuantos le conocieron. Y para mí resultaba interesante el estudio profesional de la tara oculta que podía tal vez explicarme Magnus. Desde un punto de vista meramente técnico…

Detuvo Banister el coche al borde del descenso que a unos cincuenta metros desembocaba en la autopista general del Hudson.

—El misterio humano siempre es insondable; pero un hombre como Olaf Krusberg, que era considerado casi un poeta idílico, un ser sensible que en cierta ocasión, según refirieren los periódicos, lloró a sus cuarenta años porque uno de sus perros de caza murió apaciblemente de pura vejez, ¿cómo pudo convertirse en el monstruo de Oslo?

—Hay tendencia a exagerar con apelativos folletinescos las acciones que pueden justificarse sin recurrir a complejos ni taras. Patrióticamente, Olaf Krusberg es un verdadero cerdo que ha aceptado ser comisario de la Gestapo. ¿Por complejo, por tara? Puede ser por ambición, o por creer que la Gestapo verifica una selección cruel, pero que en el futuro, si se prolonga mucho, sólo quedarán ejemplares netamente disciplinados trabajando para un Universo hitleriano. No se suponga que Magnus, avergonzado por tener como hermano al llamado «Verdugo de Oslo», se ha suicidado. Magnus financiaba con una cuota mensual crecida la caja de Noruega Libre, en Londres; pero no le avergonzaba Olaf. Hasta creo que prefería tener a un Krusberg aterrorizando Oslo, que a un Krusberg lloriqueando ante un can muerto de senilidad. Ya queda explicado por qué quería entrevistarme con Magnus. Y queda explicado por qué rondo en torno a los noruegos que tengan relación más o menos cercana con el difunto. Ayer tarde recibí esto.

Alex Gilroy sacó un carnet y de su interior, un telegrama. Lo entregó a Banister, que leyó el texto:

> «Sabedor asalariado por Janis, considero conveniente entrevista. Stop. Espero su visita a Decatur Forrest, —

Magnus.»

Alex Gilroy aclaró:

—Decatur Forrest es el lugar donde está enclavado el *cottage* estilo británico en que se ha suicidado Magnus, hacia las diez y media de anoche, habiéndome enviado ayer al mediodía este telegrama desde Albany. Lo envió a mi dirección que consta en el anuario. Usted tuvo cefalalgia que le impidió venir ayer. Y yo estaba ausente cuando el telegrama pasó a poder de mi oficinista. Leí este texto aproximadamente a la misma, hora en que se suicidaba Magnus. Y cuando esta mañana, a primera hora, llegué a Decatur Forrest fué para quedarme como usted, sin entrevista. Y con las siguientes interrogantes: ¿Cómo supo Magnus que Janis me asalariaba, como expresa su comunicación? Y si me esperaba, ¿qué quería decirme? Y si me esperaba, ¿por qué se suicidó antes de verme?

—Nils Korman, como secretario particular de Magnus debía poseer su entera confianza.

—Esta mañana, Korman leyó este telegrama, después que lo hubieron leído el capitán Mullins y adláteres. Admitió que Magnus había ido solo, a mediodía, a Albany. Que ignoraba totalmente mi existencia. Y en cuanto a la confianza que disfrutaba, era relativa. En realidad, era un guardaespaldas personal de Magnus, y sólo intervenía en cuestiones que podríamos definir como de recepción de visitas, control sobre dichas visitas, y chófer del blindado «Studebaker».

—Pero ayer dejó solo a su patrón a mediodía, y después de cenar.

—Obedeciendo órdenes del propio custodiado.

—Un hombre que se suicida a las diez le envía a usted una citación horas antes. Yo no deseo que usted me crea un dómine pedante si le expongo mi opinión que en el suicidio de Magnus Krusberg, físicamente irrefutable, existe un misterio.

—Cuando un ser humano decide exterminarse, si no deja escrito el motivo siempre es un misterio que se presta a varias hipótesis. Sonia Brendel tiene una hipótesis. ¿Le interesaría oírla?

—Acepto apresuradamente. Es para mí una ocasión excepcional poder estudiar un caso, no a través de comentarios muy posteriores, sino casi…

—Casi tibio. Devuélvame a mi coche, y mañana a la hora conveniente nos reuniremos para oír la hipótesis de Sonia Brendel.

Poniendo en marcha, comentó Banister:

—Si últimamente Sonia era acompañada con asiduidad por Magnus, tendrá una teoría inicial más positiva que meras cábalas de técnicos.

—Tiene una teoría, pero si no aporta ninguna solidez positiva seguirá siendo un misterio el asesinato de Magnus Krusberg.

Ralf Banister crispó un poco las manos en torno al volante, pero ya empezaba a familiarizarse con los golpes de sorpresa.

—Iré a visitar al capitán Mullins, y creo que no tendrá reparos en revelarme si por motivos de investigación han estimado conveniente que se dé por buena la tesis de suicidio hasta descubrir al asesino.

—¿Qué asesino?

—Escuche, Gilroy… Disfruto de un alivio inmenso cuando me cesa el dolor de cabeza. Si persiste en emplearme como cobaya, nuestra incipiente colaboración terminará tan pronto como por su culpa tenga que recurrir a la aspirina en dosis masiva.

—Espero que la ginebra le guste, Banister.

—La alterno con té cargado. Me habla de irrefutable suicidio, y luego saca a relucir un asesino.

—En sus manuales habrá leído que hay asesinos indirectos. Supongamos que alguien conoce un temible secreto contra Magnus, un secreto que no tiene precio, y por el que no se exige dinero, y que impulsa a Magnus al suicidio. El inductor ante un tribunal sale absuelto, pero como yo he percibido una paga generosa para informarme de todos los menores incidentes relacionados con Magnus, considero mi obligación proseguir allá donde la policía oficial y la justicia han terminado. Esta es mi situación, porque tengo un compromiso adquirido frente a Janis Krusberg.

—¿Dónde está, en el momento presente Janis Krusberg?

—Creo que seguirá en Londres. Es algo así como secretaria de un político noruego del grupo Noruega Libre.

—La familia Krusberg se compone de cuatro: el difunto Magnus, el traidor Olaf, la patriota Janis y Zoe Krusberg. En las notas que he tomado recortando en los periódicos editados en Londres con destino a noruegos, Zoe Krusberg figura como fusilada en Oslo. Pero últimamente un comando noruego, al regreso a sus bases británicas, declaró haber visto personalmente a Zoe Krusberg cenando en un restaurante del puerto fortificado de Bergen.

—Resumiendo: los Krusberg hasta muertos son misteriosos.

Bajó Gilroy del «Pontiac» y señalando hacia el «Leyland» aparcado bajo el cobertizo frente al «Motor Hotel 33», dijo:

—Da menos de sí el tecnicismo práctico de un detective que el científico de un conferenciante trotamundos, Banister. ¿Dónde y a qué hora?

—Le pareceré impaciente, pero Sonia Brendel llegando a su departamento de Nueva York dormirá unas horas, y…

—Coincidimos. Puedo telefonear hacia la hora de la cena. ¿Nos vemos a las ocho donde usted mismo elija?

—El «Delmónico», sala escandinava. Gracias por su hospitalaria acogida a un teórico, Alex. Pienso repasar todas las notas que tengo

acerca de los Krusberg, y que intitulaba: «Estudio de la hipersensibilidad», refiriéndome a la transformación de Olaf Krusberg.

—Personalmente me atosiga la transformación en cadáver del insensible Magnus. Hasta las ocho, Ralf.

Conduciendo hacia el sur vigiló Banister el cuentamillas, porque como sujeto de estudio no le interesaba un acróbata motorista.

En cambio eran elementos dignos de estudio los que giraban en torno a la muerte de Magnus, empezando por el propio Alex Gilroy.

Facialmente, un inteligente carácter del tipo taimado, flemático, duro de temple, un mal enemigo, un difícil amigo, pero valedor del esfuerzo de soportarle los «golpes de teatro» con tal de ganarse su amistad.

Sonia Brendel, una actriz superdotada, que tendría su teoría acerca de posibles detalles que no conocía el campeón de tiro Nils Korman.

Había una teoría posible: espionaje y contraespionaje. Tal vez desde Oslo se decretase que era preferible que muriera el financiero Magnus Krusberg…

Pero, ¿qué secreto podía tener tanta fuerza como para impulsar al suicidio a un hombre como Magnus Krusberg, considerado un *gangster* inteligente de las turbias operaciones que dejasen beneficios, sin lastrarse en considerarlas con escrúpulos?

A las cinco de la tarde, Ralf Banister decepcionó al auditorio reunido en el aula de conferencias de la Universidad de Green Point, al hablar sobre el tema: «La Imposibilidad Racional de la Prueba por Indicios».

Fué cortésmente aplaudido; pero el crítico informe emitido por los profesores de Ciencia Forense coincidió en que los escandinavos eran poco explícitos, nebulosos, vagos y amablemente teóricos.

Era innegable el dominio de la palabra en el conferenciante; pero producía la impresión de un filósofo abstraído en preocupaciones muy ajenas a exponer con claridad un «Digest» sobre las pruebas que basadas en deducciones conducían al cumplimiento del aforismo: «El criminal siempre es vencido por la ciencia policíaca».

CAPÍTULO IV

La sala escandinava del elegante bar céntrico en el mismo meollo de Manhattan, poseía un decorado fiel, porque se habían requerido artistas nativos, y aun no contaminados del espíritu yanqui.

Ralf Banister al acercarse al lugar desde el que ondeaba la diestra

de Alex Gilroy, tuvo el presentimiento de que su relación con el detective no sería una más de las que se olvidan.

Por lo mismo que él también era refractario a amistades comprendía obscuramente que nacía una amistad duradera, o un odio futuro, según los acontecimientos.

Señaló Banister al camarero de frac la misma mezcla que estaba paladeando Gilroy: «escarcha de los fiordos», llamaban los nativos de la costa sur de Noruega al aguardiente transparente como agua de manantial, con un tercio de ginebra seca destilada por escandinavos.

La concurrencia abundaba en mujeres rubias, en su mayoría modelos de pintores, de portadas de revistas y partiquinas de espectáculos sobre hielo.

Se prolongó el silencio hasta que el camarero dejó ante Banister la copa con pie de plata, *sgörmud*, y antes de beber, Gilroy, presentando la suya, dijo:

—*Walkommen*, Alex.

Una sencilla palabra. La bienvenida al amigo, al Visitante, al familiar…

Pero entre ellos dos dió origen al tuteo, que inició Banister.

—En el tiempo que llevo recorriendo los Estados he encontrado a faltar el individuo independiente. He conocido amables y correctos ciudadanos, pero *standards*, sin originalidad. Tú, en cambio, tienes personalidad.

—Es la originalidad lo que nos pierde a los europeos.

—O la que nos encumbra.

—Para vivir inquietos, atormentados, creándonos problemas cuando disfrutamos de un paréntesis de calma. Cuando quieras, nos vamos.

—¿Has conseguido que Sonia admita mi presencia?

—Telefoneé hace media hora. Estaba bañándose, y esperé… lamentando que no tengan aún televisión los teléfonos.

Sonrió Banister dirigiéndose hacia la salida, y fuera, comentó:

—Me hace el efecto que tú admiras los paisajes; pero no te complicas la existencia intentando penetrar en las bellezas.

—Los dos somos solteros, ¿no? Por lo tanto, por ahora somos refractarios a complicaciones. Dejé mi coche en el garaje, porque el tuyo es más carruaje. Habrás comprobado ya que el problema aquí no es tener coche, sino encontrar dónde dejarlo.

—¿La dirección de Sonia?

—Asteria Point, por el Blackwell. En el mismo distrito donde compró Magnus una casa.

—Teniendo dinero, ¿por qué no compró el *cottage* de Decatur Forrest?

—Lo hizo alquilar por Nils Korman, y a nombre de éste, como

medio de evitar que le localizasen cuando deseaba pasar horas o días alejado del torbellino de esta ciudad. Veo que conoces bien Nueva York.

—Sé asimilar la lectura de una buena guía. ¿Es propiedad de Sonia el departamento de Asteria?

—No, porque ella es esencialmente una actriz y, por naturaleza, una hermosa mujer. Su vocación y profesión es el teatro.

—Podría ser que Magnus pretendiera casarse con ella, y psicológicamente, si ella rechazó su proposición, pudo en él, hombre acostumbrado a tenerlo todo, producir una depresión que motivase su suicidio.

—El inconveniente de cualquier pesquisa es que disponemos de muchas teorías.

Ya cruzado el puente sobre el Hudson, inquirió Banister:

—¿Dónde?

—Sexta Transversal, bloque doce. Hay elevador para coches.

—Los americanos han resuelto el secreto de vivir confortablemente, empeñándose hasta el fin de sus días en ir pagando el confort con una labor constante, tiránica. Tal vez sea más feliz el isleño que no posee coche ni elevador, pero puede tumbarse bajo una palmera plácidamente.

—No tendrá que tomar aspirinas al por mayor.

El «Pontiac» ascendió la rampa incurvada, hasta el octavo piso. Los bloques de cuatro fachadas, dejaban en su centro un parque. Al interior los balcones tenían toldos multicolores y los áticos con solarium, daban al conjunto aspecto de hoteles playeros.

Abrió la puerta la propia Sonia Brendel. Un sencillo vestido blanco ribeteado de azul, le daba armónica distinción.

Del recibidor pasaron a una estancia amplia, medio «living» y comedor, con cristalera todo a lo largo, dando acceso a una terraza.

Primera fué trivial la conversación, aludiendo ella a que el problema del servicio no existía en Nueva York, porque se prescindía casi de ayuda, teniendo la de una asistenta por horas.

El bonito semblante, de trazos regulares, estatuarios, demostró inquietud cuando Alex Gilroy, siguiendo su sistema, dijo:

—Disponía usted de unos días libres de representación, por los ensayos de la próxima gran obra de Strindberg. Creo que el papel de Nora, es una prueba que pocas actrices resisten victoriosamente. ¿Tiene ya reunidas las ideas acerca del motivo que indujo a Magnus a matarse?

—Concretamente, nada en firme.

Miró ella a Banister, y con sonrisa de excusa, añadió:

—Me temo que ante dos técnicos en la obscura ciencia de investigación de los humanos delitos, lo que puedo exponer carece de

matemática precisión. Pero lo expondré, porque ustedes podrán sacar deducciones. Preferiría que usted me preguntase, señor Gilroy, por si tiene formada una opinión.

—Ninguna. Tan sólo sé que todo su personal era netamente administrativo, es decir, ajeno a las intimidades de Magnus. El propio Nils Korman era una especie de secretario vigilante, pero el carácter de Magnus, no le hacía propenso a confidencias. Sin embargo, usted es inspiradora de confidencias, por cuanto no mienten los reporteros que la presentan como gran actriz, y paradójicamente, sensata.

—Gracias. Es cierto que Magnus era muy hermético.

—¿Cómo se conocieron?

—Hace unos meses me vió representar la única obra que le gustaba, y que constituía su única lectura constante. La conocía de memoria, y hubiera podido recitar cualquier personaje de «Lagos dormidos», la menos conocida de las obras de Knut Hamsun.

—Es agradable cerciorarse que el arte vence la mezquindad humana, por cuanto Magnus, que odiaba a los que fraternizan con los ocupantes de Noruega, no retiraba su admiración por Hamsun, que al parecer, se dedica ahora a ensalzar la fuerza germánica. Nunca hay cuestiones molestas entre personas inteligentes, y lo somos — sonrió Gilroy.

Banister comprobó que las raras veces que el achatado rostro del detective sonreía, adquiría una pueril irradiación de bondad. Pero era muy fugaz…

—Le he rogado yo misma que me pregunte, señor Gilroy.

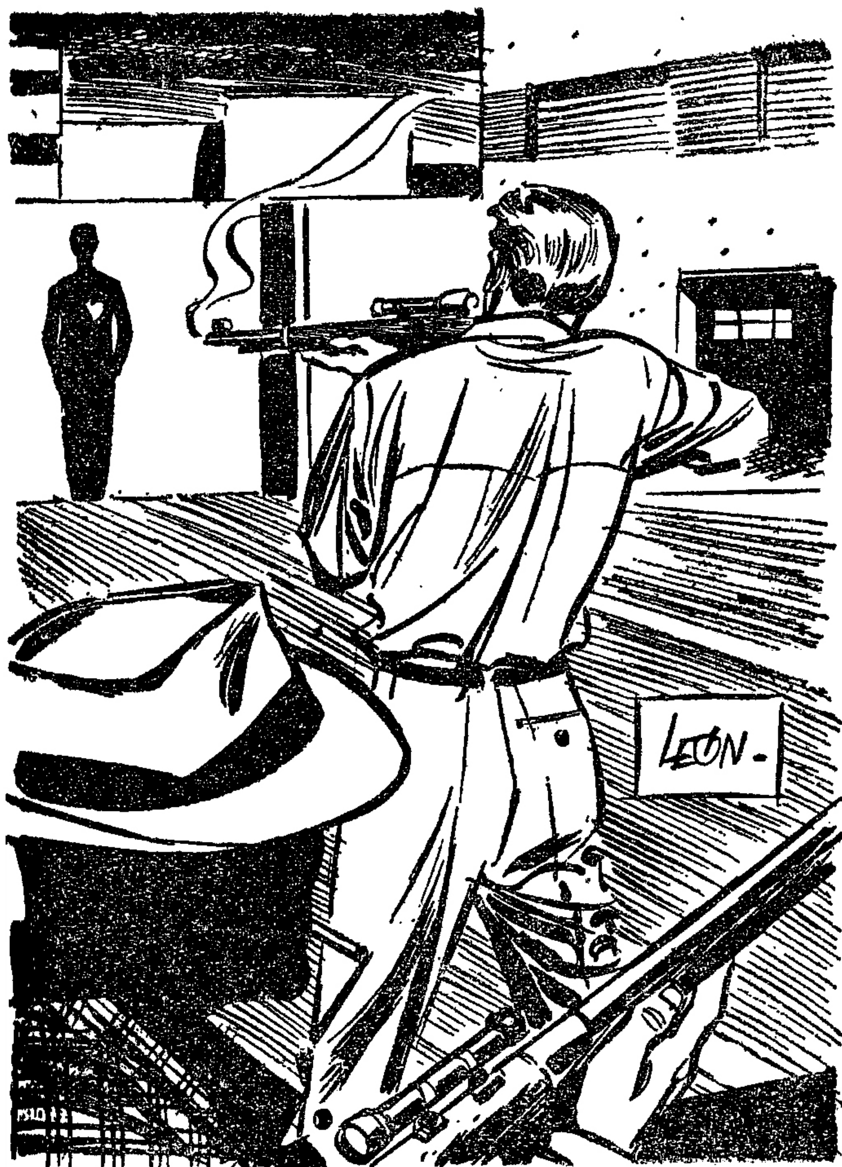
—¿Estaba Magnus enamorado de usted, Sonia? Llámeme Alex, por favor.

—Manifestaba hacia mi sentimientos afectuosos, pero descarte la suposición de que una negativa mía pudiera haber inducido al suicidio a Magnus. Últimamente, conociéndole mejor, pude observar que estaba intranquilo. Aludió vagamente a los riesgos inherentes de ciertos negocios de envergadura, que exigían aliarse provisionalmente con aventureros. Añadió que a mayor envergadura, más peligrosa era la alianza. Yo le pregunté si podía serle útil en algo.

—¿En qué fecha, aproximadamente, le advirtió inquieto?

—Hará cosa de unos quince días que le vi distinto, como atemorizado. No puedo definir concretamente, pero cuando tratamos con afecto a una persona, llegamos a conocer sus estados anímicos, aunque ignoremos los motivos que originan sus inquietudes. Anteayer, mientras Nils estaba ausente, Magnus que, como la mayor parte de nosotros, era un melómano, se emocionó oyendo unas composiciones de Erickssen, y charlando de varias cosas, aludió de pronto a la muy difícil música que estaba oculta en el alma. No recuerdo lo que contesté, pero sí lo que me dijo acerca de un tortuoso espíritu

aventurero, jefe de un grupo de fanáticos ambiciosos, los cuales no conocían personalmente al que los dirigía; pero que él, por una asociación de ideas, había llegado a identificar. Y que hubiera sido preferible que no lo identificase, porque equivalía a conocer un secreto que había costado la vida de quienes llegaron a identificar al hombre que, dotado de una gran inteligencia, sobrevivía gracias precisamente al misterio con que rodeaba su persona.



Y de pronto, Nils Korman ladeó la cara, tendió el brazo y entre estampidos...

—Pero si Magnus lo identificó, le diría a usted cómo se llamaba…

—Los mismos a quienes manda sólo le conocen por un seudónimo extraño, y me dijo Magnus que su hermana Janis, era indudable que podría obtener un dato muy valioso, en el caso de que a él le sucediera algo, si le era comunicado el seudónimo empleado por el hombre con el que, por la realización de un gran proyecto, había entrado en relación. Le dije que si tenía confianza en mí, debía revelarme con absoluta claridad, lo que le sucedía, y quién era aquel hombre que podía perjudicarle… Y entonces, Magnus…

Se interrumpió Sonia Brendel, dilatando los ojos, en súbita expresión de infinito asombro, llevándose la mano al costado izquierdo.

Alex Gilroy se abalanzó hacia la cristalera…

Ralf Banister que, en un principio, creyó que el tintineo que repiqueteó, era producido por una piedra de poco tamaño, rompiendo un cristal, se incorporó, contraído el rostro, en crispación dolorosa.

Llevándose la zurda a la frente, se presionó las sienes…

No era necesario efectuar comprobación para cerciorarse de que había cesado de latir el corazón de la hermosa actriz, que, reclinada contra el respaldo del sillón, parecía aplastar contra su costado una rosa de vivo color rojo, cuyos pétalos mortales iban ensanchándose, destilando por entre los dedos engarfiados…

CAPÍTULO V

Inclinado, Banister miró cuando el brazo izquierdo de Sonia Brendel, cayó desmadejado. El boquete de la herida, a pocos centímetros bajo la axila, era ancho.

Volvió a enderezarse, para dirigirse al mueble-licorera, y como un autómata, extrajo del bolsillo superior el tubo de plástico, vertió en su palma derecha cuatro comprimidos, y los fué deglutiendo uno a uno, entre sorbos de ginebra.

Para las prácticas forenses, había tenido que familiarizarse con la tétrica inmovilidad anatómica. Pero la visión de la que, segundos antes, era deliciosa, destruida ahora, le producía íntimo furor.

Como si ante sus ojos viera mutilar una obra de arte…

Alex Gilroy parecía absorto en la contemplación del estrellado reciente que presentaba un cristal, a una altura de metro y medio del suelo.

Se aproximó Banister, y Gilroy apuntó con el índice hacia el orificio de bordes astillados:

—No oímos estampido, y dispararon desde lejos.

—Una bala de calibre grueso, rifle. Quien disparó lo hizo certeramente.

—Y desde su punto de mira, con oportunidad. De nada sirve precipitarse porque no nos esperará, Ralf. Tú estabas sentado allí, y como yo, no pudiste ver el fogonazo. La trayectoria…

Pero Gilroy no prosiguió su razonamiento deductivo, sino que se dirigió al teléfono y tras rodar el disco, apremió:

—Póngame en comunicación con el capitán Mullins, urgente. Habla Alex Gilroy.

Tapando la boquilla, dijo a Banister:

—Están localizando al capitán Mullins, dueño y señor de este distrito. No la mires más, Ralf. No podemos devolverle la vida.

—Hay crímenes que pueden tener una leve justificación, pero éste…

—Desde el punto de mira del asesino, tendrá su justificación. Hazme el favor de buscar un cableado oculto, que no sea de la conducción eléctrica normal. Si el que disparó estaba lejos, y no podía oír, ¿cómo disparó en el preciso instante en que Sonia iba a repetirnos lo que le había revelado Magnus?

Ralf Banister apartó la mirada de la actriz, que inclinada la cabeza a un lado, contra la orejeta del sillón, caídos los brazos, daba la impresión, vista desde el costado derecho, de una mujer profundamente dormida.

El suelo era de parquet encerado y la placa de interruptores, formaba un rectángulo de bakelita verde, en tres lugares de la amplia estancia. También las placas de conmutación, instaladas, por triplicado, podían orientar.

Pero si existía un juego de acústicos, conectado Con los cables, era preferible buscar los micrófonos. La mesita del tresillo de cuero, tenía abanico inferior para revistas y libros. Una pantalla encima…

Por el teléfono decía Gilroy:

—Buenas noches, capitán. Supongo que en la centralilla habrán ya cumplido con su deber, ¿no?

Contestó Patrick Mullins que, en efecto, como era de rigor, para comunicaciones urgentes, dejaban pasar el tiempo suficiente para localizar al comunicante, y quedaba anotada la línea, perteneciente al octavo piso del bloque doce de Astona, Transversal Sexta.

—Si puede acudir privadamente, mejor, capitán. Ya habrá tiempo para soltar el equipo técnico. Yo he sido testigo, y le daré las explicaciones pertinentes. Cuando quiera.

Colgó Gilroy, para evitarse preguntas.

Ralf Banister desenroscaba un aplique a media altura del pie de la pantalla tras el sillón ocupado por Sonia Brendel.

Era una filigrana plateada con arabescos en calado. Había dos iguales a distinta altura. Pero la que presentó a Gilroy, tenía en su interior un octógono minúsculo, en cuyo centro las plaquitas parecían alvéolos de colmenar.

—Desde que Magnus intimó con Sonia, hubo alguien interesado en oír lo que aquí pudiera hablarse — fué meditando en voz alta Gilroy, mientras atrayendo el cable, pasaba los dedos por la funda elástica, hasta que apareció la madeja de empalmes —. La cinta aislante, por la goma ya determinarán en el laboratorio, el tiempo que lleva colocada. Cualquiera, provisto de ganzúa, pudo entrar sabiendo que no sería importunado, en una de las ausencias de Sonia. Y la instalación, rematando en batería, que debe hallarse en lugar donde no iría a mirar Sonia, permitió al del rifle con telescopio, mantener secreta la identidad del jefe de aventureros fanáticos y ambiciosos, del que ni siquiera sabemos el seudónimo.

Ralf Banister en la terraza se dedicaba a un cálculo aproximado, eliminando dos de las interiores fachadas.

La vida seguía tras los cristales iluminados, que daban tonalidades alegres a los toldos en visera inclinada, sobre las terracitas.

Resulta trágicamente grotesco que en momentos como aquél, el cerebro tuviera propensión a emitir frases que se remontaban a la época de colegial:

«La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, jovencito y estimadísimo señor Banister. Por ejemplo, era una línea recta la que usted hizo describir con su tirador al perdigón que restalló en la nuca del honorable tendero Marjkam. Acérquese más, señor Banister, y le demostraré gráficamente la distancia entre mi palmeta y su pecadora mano».

Pero allí no era una travesura de colegial la que había que deducir entre tres puntos. Un cadáver, un cristal agujereado y alguna de aquellas ventanas, a medio centenar de metros.

Reconstruir a la inversa…

«Como en las películas, donde el operador gira la manivela en sentido opuesto, y vemos al nadador que acaba de zambullirse remontar desde la espuma a la palanca.»

Encontró a Gilroy arrodillado a un lado del sillón «trazando» la línea desde el costado sangrante a la estrella del cristal y prolongando hacia arriba…

—Esta llamada pertenece al aplomado puño de la ley — comentó Gilroy dirigiéndose hacia la puerta.

Patrick Mullins, capitán del Cuerpo de Detectives, destinado al elegante sector de Astoria, era un irlandés que había dominado ya su exuberancia racial. Parecía un próspero banquero, de mirada aguda

tras los cristales de sus gafas.

—Le presento a Ralf Banister, el conferenciante, doctor en criminología, título universitario escandinavo, equivalente a forense investigador.

—¿Cómo está? Ya me ha comunicado Gilroy cómo se conocieron. ¿Qué ha sucedido, Gilroy?

—Sonia Brendel me dijo esta mañana que cuando estuviera repuesta, me diría lo que supiera y creyera podría tener relación con el suicidio de Magnus Krusberg.

Pat Mullins fué al cristal, miró el suelo, y regresó para examinar el micrófono y el cableado expuesto sobre la mesita.

—Todo cuanto dijo era vago, sin precisión. Alusiones a un supuesto temor en Magnus, y cuando llegaba a lo que podía resultar importante, el nombre de guerra de un personaje relacionado en un turbio negocio con Magnus, cayeron unos trocitos de cristal, y una bala se alojó cortando el hilo de la próxima revelación. Muerte instantánea. No oímos nada, y no dispararon desde esta terraza, sino desde alguna de aquéllas.

—Espera fuera mi equipo. No hay periodistas, Gilroy. Pero los habrá, y en alud, porque después del suicidio de Krusberg, esta muerte…

Mullins fué a abrir, y los cinco hombres que entraron demostraron que, en silencio, sabían cuál era su cometido. Los «flash» de cámara, el forense inclinado, un individuo con aire aburrido sacando una cinta métrica, otro cubriendo con polvos de talco el micrófono…

Sólo Ralf Banister permanecía inactivo. Había desaparecido Gilroy en una habitación contigua al fondo izquierdo.

Pasaban los minutos insensiblemente, entre la actividad insensible de los profesionales expertos en una labor, que empezaba para ellos, cuando la vida terminaba violentamente en otros seres…

El primero que habló fué el forense, para no decir nada genial. Después uno de los técnicos, el de la cinta métrica, señaló desde la terraza, la parte superior de la fachada al norte.

Pat Mullins se limitó a decir:

—La relación de inquilinos de todo aquel grupo, desde la planta baja. Horario. Inspección de instalaciones eléctricas. Provéase de mandato de registro, para los dos pisos superiores. Vuelva aquí cuando terminen los del retén.

Era menos molesto permanecer ahora en el «living», ya vacío el sillón. Oyó Banister el comentario de Gilroy:

—Averiaron el torno de la persiana plegable. Debían saber que iba yo a venir hoy mismo. No sabían hasta qué punto Magnus pudo sentirse confidencial con Sonia. No te dejes llevar por la impresión

equivocada, de que nuestra visita provocó la muerte de Sonia. Lo seguro es que la confidencia de Magnus ha causado la muerte de Sonia. Ella no lo creyó importante, o tenía el espíritu confuso, como dijo, y por eso no declaró al capitán Mullins, lo referente a «S. K. Gunther».

Ralf Banister pestañeó, y el capitán Mullins dejó de examinar la batería de pilas encontrada en la caja de ventilación de la cocina.

Alex Gilroy mostraba un diminuto librito, de piel blanca, cantoneras rojas, inserto en el cierre lateral, un lápiz metálico.

Lo sacó, abrió y fué diciendo:

—Estaba en el cofre de varios compartimentos, sobre la coqueta. Hay joyas, dinero, estuches de maquillaje, y esto es lo que cogí, capitán. Le participo una buena noticia. Este caso pasará a la Oficina de Servicios Estratégicos.[1] Hay anotaciones ordenadas por fechas. Cosas femeninas, detalles de horas de cita, ensayos… y en la hojita correspondiente a anteayer, esto…

Leyó Gilroy:

> «Esta noche, Magnus ha citado a un misterioso personaje, llamado S. K. Gunther, que es un seudónimo. Importante para Janis, pero sólo en caso de muerte. Quiero creer que no será necesario transmitir a Janis.»

Cerrando el librito, añadió Gilroy:

—Tengo entendido que «S. K.», es la sección del espionaje alemán, desde Noruega, con ramificación en Inglaterra y Norteamérica. Y Gunther debe ser el nombre de guerra del que ha disparado, o tenía un espía permanente dispuesto a disparar, si se comprobaba, que Sonia sabía algo.

Cogió Mullins el librito, y comentó:

—Si es así, me complacerá inhibir mi indagatoria, traspasándola al «O.S.S.». No me gustan las investigaciones donde existen nombres de guerra, mayúsculas, rifles con telescopio, micrófonos… Mis hombres encontrarán el sitio desde el que dispararon, pero me extrañaría que encuentren siquiera el nombre de quien alquiló el departamento. Un nombre falso y documentaciones diversas, son el bagaje elemental de los espías. Le cedo gustoso el caso a los cazadores de espías. Les llamarán tan pronto entregue yo las indagatorias preliminares. Pueden esperar el regreso de mi ayudante, y sabrán qué nombre dió el que alquiló su puesto de acecho, rifle en mano, y montó la instalación acústica.

La instalación acústica, había sido montada la noche anterior, hallándose Sonia Brendel en Mound Troy.

Habían disparado desde el sector izquierdo, ático central, un

estudio disponible, alquilado seis días antes en la agencia inmobiliaria «Astoria Ressorts», por carta, acompañada de cheque sobre cuenta corriente a nombre de William Smith. La carta manifestaba que no sería habitado el estudio hasta dentro de unas semanas, pero que enviaran las llaves al «Banco Escandinavo» donde las recogería William Smith, firmante.

Nadie conocía a William Smith en el sector izquierdo, donde se hallaba el ático amueblado, en cuyo *living*, se encontró el casquillo expulsado por una arma larga. Un rifle «Kesson» dotado de telescopio.

«William Smith» era un tirador excelente. Era cuanto se sabía, porque el director del «Banco Escandinavo», informó que la cuenta corriente, y la caja privada, a nombre de William Smith, se abrieron a petición hecha por carta.

Las llaves de la caja privada fueron recogidas por un individuo, que mostró la credencial recibida en «Lista de Correos», como había solicitado William Smith.

Un individuo cuyas señas no recordaba el empleado que lo atendió, porque William Smith tenía prisa, y eligió un momento en que había mucha actividad en el «Banco Escandinavo».

Pat Mullins no se equivocaba al decir que «William Smith» no daría más señales de vida, bajo aquella identidad. Le sobraba el dinero, puesto que había abandonado en el ático, el rifle y la pequeña receptora, del mismo modo que no recogería el dinero depositado en el Banco, ni volvería a entrar en el ático desde donde acalló a Sonia Brendel.

En el «Pontiac», arrancando, dijo Banister:

—Gunther, es William Smith.

—O William Smith es un tirador a las órdenes de Gunther, jefe del grupo del «Stranger Komissariat», dependiendo de la «Gestapo» noruega. Un buen pulso. No creo que a estas horas duerma Nils Korman.

—¿Crees que Nils Korman…?

—Me consta que un campeón de tiro, sabe disparar. Es cuanto sé.

—¿Dónde lo encontraremos?

—Tiene alojamiento en la casa de Magnus. Cuarta Transversal.

—Sonia murió a las ocho y cuarenta.

—Es de esperar que si Nils Korman ha ejercido su puntería a las ocho y cuarenta, podrá presentar una excelente coartada para las ocho y cuarenta. Esto es lo malo con las inteligencias empleadas por cualquier servicio secreto. Tienen organización, estudian todo detalladamente, y son especialistas los que han de desenmascararlos.

—Nils Korman estaba en Mound Troy cuando instalaron los micrófonos. Por lo tanto, no pudo ser él quien los colocase.

—También el capitán Mullins estaba con nosotros, mientras su

ayudante encontraba el rifle. También forman ellos equipo, aunque pudiera ser que William Smith, Gunther y el del rifle, sean una sola persona.

Detuvo Banister el coche en la calzada, frente al restaurante de la planta baja del edificio señalado por Gilroy, y preguntó:

—¿Tiene Nils Korman la suficiente agudeza mental para poder ser Gunther?

—No te dije que Nils fuese un prodigio de inteligencia, sino un magnífico tirador. De momento, llamaré por teléfono a casa de Cagnus para averiguar, si está Nils.

Regresó instantes después el detective:

—Nils Korman está en casa, me ha informado una voz de mujer. Vamos allá, y veremos si nos dice dónde estaba a las ocho y cuarenta.

La casa hacia la que se dirigieron, una vez aparcado el coche, era uno de tantos edificios de dos plantas, construidos en serie en toda aquella media milla a la izquierda de la Cuarta Transversal de Astoria Point.

Un jardincillo delantero daba acceso a los peldaños del porche, y cuando iban a pisar el primer tramo de la escalera, ambos permanecieron inmóviles, tendiendo el oído, asombrados.

Netamente, aunque apagados, llegaban a sus oídos lo que podían parecer taponazos, pero que eran disparos.

Alex Gilroy se abalanzó al timbre, sobre el que apoyó el pulgar, sin retirarlo, hasta que abrieron la puerta.

Una mujer de edad incierta, de aspecto bondadoso, que vestía de negro y en cuyo corpiño plisado, un broche «Svaldala» de la comarca meridional de Noruega, revelaba su nacionalidad.

Plácidamente dió las buenas noches, y precedió a los dos visitantes hacia un salón, diciendo al retirarse que inmediatamente avisaría al señor Korman.

El salón estaba amueblado por cualquier establecimiento de lujo neoyorquino, pero con elementos decorativos que expresaban la nostalgia de la brumosa tierra de los fiordos.

Banister miró de cerca la panoplia de caza, bajo la disecada cabeza de un reno. Dos rifles de caza mayor, provistos de «telescop», formaban un aspa. Llevaban grabada la marca, y la población donde radicaba la fábrica. Rifles noruegos de Oslo.

Pero, además de la común afición por la música, los noruegos tenían por héroes nacionales, después de los vikingos seculares, a los grandes cazadores, de más modernas gestas a lo Nemrod.

Alex Gilroy, al lado de Banister, murmuró:

—Nos sobresaltamos, Ralf; pero en esta casa hay una galería de tiro.

Se volvieron ambos al oír pasos.

El lustroso calzado de charol, el pantalón de smoking, y el chaquetón casero, conferían prestancia natural al flaco individuo, de largos cabellos rubios, que entró y, avanzando hacia Gilroy, le estrechó la diestra.

—Espero no ser inoportuno — dijo Gilroy, convencido de lo contrario.

—Ningún compatriota es inoportuno nunca.

—Le presento a Ralf Banister, un paisano nuestro.

La voz de Nils Norman, era como su persona. Seca y firme, plasmando su rostro la expresión conocida entre jugadores de *poker*, por «cara de palo».

Los ojos azules, carecían del matiz suave, celeste. Eran densamente azules, helados, como frías aguas de fiordo.

Pero personificaba el tipo noruego, que superaba en fría corrección al británico. Tendió la larga mano de flacos dedos hacia los respectivos sillones en que se sentaron los dos visitantes, y presentó abierta una pitillera de oro blanco.

Alex Gilroy con la primera bocanada de humo, dijo:

—Insisto en que somos inoportunos, ya que tengo entendido que habiendo dejado de existir la causa por la que residía usted en Nueva York, abandona usted el Continente. Seguramente estaría usted haciendo el equipaje y disponiéndose a despedirse de Nueva York.

—Reitero que no son inoportunos, señores. Además, usted, Gilroy, como representante de Janis Krusberg, es lógico que trate de informarla ampliamente. Para mí, el secretariado ha cesado, y en cuanto a los asuntos financieros del señor Krusberg, nada tengo que ver con ellos. Tenía su personal administrativo, y un consejo de asesores, que son los que estarán desembrollándolo todo.

—Es lógico que los grandes negocios de un financiero sean embrollados. ¿No piensa despedirse de Sonia?

Inmutable la expresión, tenuemente sonriente, replicó Korman:

—Entre Sonia y yo existía una mera relación amistosa. Ya me despedí de ella.

—¿Esta tarde?

—Por teléfono, y fué breve nuestra despedida, ya que me dijo que estaba a punto de bañarse, recién despierta.

—Figúrese que mi amigo y yo, a punto de llamar a esta casa, sufrimos un pequeño «shock» nervioso. Oímos unos disparos, sofocados, como producidos con silenciador.

—En la galería de tiro, estaba yo revisando la colección de armas que me ha legado el señor Magnus.

Alex Gilroy apuntó con el cigarrillo hacia el pecho de Korman.

—Perdón y excusa… ¿Es consecuencia de un corte al afeitarse?

Miró Korman hacia su pechera almidonada, abombada y

tersamente brillante en el cruce de las solapas del chaquetón.

Ralf Banister concentró su atención en el rostro de Nils Korman, que examinaba bajo la corbata negra, la diminuta mancha destacando sobre el brillo blanquísimo.

Una manchita roja.

CAPÍTULO VI

Pensó Banister que un balazo mortal disparado a una distancia de cerca de cincuenta metros, no podía salpicar, viendo cómo el rostro de Nils Korman continuaba impasible, mientras con un pañuelo trataba de restañar la huella de carmín labial.

—Tenía usted razón al suponer que me despedía de Nueva York, Gilroy — expuso con amable indolencia —. Pero no se figuren nada licencioso. Fué algo fraternal, y en presencia de la señora ama de llaves. Una señorita compatriota, efusiva… y un poco avara en el empleo de pintura.

—Mi amigo Banister es un técnico en criminología, casi un erudito en la materia. Posiblemente, si no fuera abusar, le gustaría tanto a él como a mí, examinar la galería de tiro.

Levantándose, Nils Korman miró con atención a Banister.

—¿Le gustan las armas, señor Banister?

—En su aspecto teórico, mucho.

Echando a andar, expuso Korman:

—Muchas de las armas que me ha legado el señor Magnus, no podré llevármelas, y serán entregadas al secretario de «Noruega Libre». Era un fanático del coleccionismo, y puede decirse que desde la primitiva espingarda hasta la más moderna metralleta, poseía un museo completo.

—Otros coleccionan sellos, jarrones o juguetes mecánicos. ¿De veras no le molestamos, Korman? — insistió pesadamente, Gilroy.

Nils Korman, atravesando ya el vestíbulo, y encaminándose por un pasillo, denegó con la cabeza. Pero parecía algo nervioso, pensó Banister, examinando el perfil endurecido por una crispación de mandíbulas.

Bajaron unos escalones en espiral, empujó Korman Una puerta, que daba acceso a una especie de sala de diversas contexturas, armas variadísimas. Todas de fuego, e individuales.

Aquella sala, con cortinas a dos lados, presentaba una prolongación de unos veinticinco metros, de forma curiosísima. Con un largo túnel, de techo abovedado y paredes recubiertas de corcho.

En su fondo, había un tapizado de aglomerado, también de corcho, en el que se veían minúsculas melladuras. La luz indirecta proporcionaba una perfecta visión.

Nils Korman, colocándose entre dos mesitas, explicó:

—Aquí están los mandos que hacen, mecánicamente, funcionar el blanco que uno desee. Dianas, siluetas, perfiles, escorzos de figura. ¿Le entretiene «echar» un cartón, Gilroy?

Y con su pregunta, Korman señaló hacia la otra mesa, en la que se alineaban, dentro de sus estuches, varias automáticas modernísimas.

A la vez pulsó una palanca, en el rincón de pulsadores que semejaban interruptores de luz, y a unos diez metros, como surgiendo del suelo, se elevó un tubo de acero rematado por un recuadro blanco, asido entre dos presillas.

Las líneas concéntricas tenían numeración, y la diana concentrada no era más ancha que una moneda de diez centavos.

Alex Gilroy, eligiendo una «Smith» de calibre nueve, pavonada, con culata de nácar y plata, comprobó el cargador, y dijo como excusándose:

—Ante un maestro como usted, Korman, voy a correr el gran ridículo.

Alargó el brazo, y añadió con falsa modestia:

—Siete balas forman mi inicial. El punto del centro, tengan la benevolencia de considerarlo la barrita de la «A». Romana, no cursiva.

La última silaba, quedó acallada por el estentóreo vomitar de seis balas consecutivas. Una pausa, y la séptima bala, en plena diana, ultimó la confección de la matemática «A».

—Magnífico pulso, Gilroy — aprobó, condescendiente, Korman —. ¿Quiere usted probar, señor Banister?

De una vitrina había cogido Banister un rifle con «telescop», y Korman expuso:

—Para caza mayor en las Rocosas, era el arma favorita del señor Magnus, un excelente tirador.

—Nos deleitaría la exhibición amistosa de un campeón de tiro — dijo Gilroy —. A veinte metros, a pequeña silueta, debe usted hacer prodigios.

El campeón de tiro apretó la palanquita y desapareció el cuadro con el triángulo de orificios. Pulsó otra, y diez metros más allá, surgió a ras de una plancha negra, elevándose del suelo, una cabeza de perfil, fumando un cigarrillo la boca de chapa, y teniendo un exótico peinado de moño en el que se atravesaban cinco alfileres de un grosor casi imperceptible.

Tendía Gilroy a Korman un revólver «Colt». El campeón de tiro hizo, sonriente, un ademán de vaquero peliculesco.

Cogió el arma por el gatillo con el índice encorvado, y puesto de

perfil, sin mirar a la siluetada cabeza del fumador con los cinco alfileres en el moño, hizo girar en torno al índice el revólver, que adquirió una velocidad vertiginosa, como un molino azotado por huracán.

Y de pronto, Nils Korman ladeó la cara, tendió el brazo, y entre estampidos casi formando ráfaga, fueron saltando de la cabeza siluetada, el cigarrillo y, en arco progresivo, los cinco alfileres.

Se veía que Nils Korman estaba orgulloso de su hazaña. Pero la expresión modesta que quería fingir, se truncó en sobresalto al oír a Gilroy decir:

—Sonia Brendel recibió un solo balazo a las ocho y cuarenta esta misma noche. Resultó trágico, verla morir instantáneamente, ante nuestra presencia. Le felicito por su maestría, Korman.

En el acre olor del humo de pólvora quemada, Nils Korman resopló, como queriendo disiparlo, antes de decir con voz firme:

—Tengo entendido que goza usted sorprendiendo a los demás, Gilroy. No me ofende su estilo, ya que un investigador privado, además de sus métodos, está obligado a sospechar de todo el mundo. Si vieron morir a Sonia, y me cuesta trabajo imaginarla sin vida…, estará ya detenido su asesino.

—Disparó a unos cincuenta metros de distancia, desde una terraza, y con un rifle provisto de «telescop» — adujo Gilroy —. El capitán Mullins lleva la investigación oficial. Me ha rogado le preguntase a usted si tiene alguna teoría sobre posibles enemigos de Sonia, y móviles.

Abriendo los brazos, en ademán de apesadumbrada ignorancia, replicó Korman:

—No tengo el menor barrunto del por qué alguien pudo matar a Sonia, una dama en todo el sentido del calificativo. Y menos, qué motivos impulsaron a un asesino a matar, estando ustedes presentes.

Sonia nos hablaba de los temores e inquietudes de Magnus, y figúrese nuestro pasmo, ya que en aquellos instantes ignorábamos que unos micrófonos instalados en el piso de Sonia estaban permitiendo al excelente tirador oír lo que ella decía, cuando la vimos interrumpirse abruptamente… un solo balazo de rifle, mortal. Y precisamente cuando ella nos iba a revelar quién era el hombre al cual temía Magnus.

—A las ocho y cuarenta, yo estaba cenando en esta casa. Servía la mesa la señora ama de llaves, y tenía una invitada.

—Celebro su inteligente actitud, Korman. No se le acusa a usted, ni mucho menos; pero, naturalmente, como dijo muy bien, todo el mundo resulta sospechoso, y sobre todo, cuando al poco de morir Magnus, fallece su prometida. Me temo que el capitán Mullins para su atestado de indagatorias previas, necesitará que usted precise su

coartada, Korman.

Nils Korman encogió los hombros, con gesto de impaciencia:

—Seamos razonables, Gilroy. ¿Por qué iba yo a tener el menor interés en dañar a Sonia? Ya ve que no hago aspavientos, ni invoco la moralidad elemental.

—El testimonio de su ama de llaves y la invitada, bastarán.

—Mi invitada, por razones que mi galantería exige, prefiero apartarla de la investigación.

—El capitán Mullins preguntará al ama de llaves por la identidad de su invitada, Korman.

Ralf Banister que, muy atento, escuchaba, pero dedicaba aparentemente su atención a las armas de fuego, frunció el entrecejo al ver apartarse una de las cortinas laterales y aparecer una mujer.

Una pelirroja, cuyo largo cabello ondulado aureolaba un rostro sensualmente provocativo, de grandes ojos verdes, gruesos labios, y cejas arqueadas irónicamente.

Los hombros desnudos, nacarados, avaloraban el reflejo sangriento de su melena. El cuerpo, de turgente morbidez, tensaba el sutil raso ambarino del vestido de noche, y en noruego, dijo sonriente:

—Tu galantería es excesiva, Nils. Estamos entre compatriotas.

CAPÍTULO VII

Nils Korman, envarado, molesto, presentó:

—Bruni Ingeborg, señores. Te presento a Alex Gilroy, detective privado, y a Ralf Banister.

Bruni Ingeborg podía adornar el satinado contenido de una revista de «pin-up», pensó Banister, pero no tenía nada de muñeca boba. Sus ojos eran burlones y escrutadores…

—El motivo por el que Nils hubiera preferido que mi presencia fuese ignorada, se debe a un impulso patriótico, señores. Pertenezco a la Sección Secreta de «Noruega Libre». Por favor, no me tomen por una vampiresa a lo Mata-Hari. Usted, señor Banister, tiene fama de conferenciante amenísimo. Un hombre interesante dicen muchas noruegas.

—Siento celos repentinos de la fama de mi amigo Ralf.

—Inmotivados, señor Gilroy. También es usted famoso a su manera. ¿No le dió su plena confianza Janis Krusberg?

Alex Gilroy asintió en silencio. No acababa aún de clasificar a Bruni Ingeborg. ¿Charlatana sutilmente banal, o aventurera distinguida?

—Charlaríamos más cómodamente en otro sitio, Bruni — intervino Korman.

—Me place este decorado, Nils. Asistí a su exhibición, señor Gilroy.

—No me envejezca, Bruni. Quedé muy grotesco, ante el campeón.

—¿Ha tenido noticias recientes de Janis Krusberg? Empleo su propio estilo, del disparo de sopetón, Gilroy — sonrió ella.

Estaba a un lado de Korman, dando frente a los dos visitantes.

—Comuniqué a Londres la muerte de Magnus Krusberg.

—Su mensaje debía volver en sentido opuesto al mío — dijo ella.

—La señorita Ingeborg ha llegado este mediodía, en avión, desde Londres — aclaró Korman.

Ralf Banister aguardaba cualquier sorpresa nueva. Era perceptible la tensión de ánimo, la inquietud del flemático Korman.

La burlona complacencia de Bruni Ingeborg y el neto recelo en los ojos del detective.

—Me ha informado Nils del suicidio de Magnus. Y he oído la noticia de la muerte de la actriz Sonia Brendel, que usted supone relacionada en algún punto con el suicidio de Magnus. Sin embargo, Magnus no era hombre capaz de suicidarse, y si me pidieran mi opinión, diría rotundamente que sólo el Servicio Secreto noruego podrá algún día revelar por qué murió Magnus, y por qué fué acallada Sonia. Es una investigación que aquí en Nueva York no prosperará. Los inductores y los autores materiales, no obedecen a los vulgares móviles de cualquier crimen.

—Usted es del Servicio Secreto noruego — insinuó Gilroy.

—Pero hace más de un año que mi Servicio busca a un hombre, sin hallarlo. Sabemos que se oculta bajo el seudónimo de Gunther, y dirige a un grupo que ni siquiera conoce su identidad. Un grupo de excelentes tiradores, de hombres seleccionados, puros instrumentos con sueldos crecidos.

—¿A sueldo de la Gestapo noruega?

Encogiendo los hermosos hombros, ella replicó con gravedad:

—¿Quién puede asegurarlo? En Noruega se está jugando una gran partida, sobre un tapete sangriento, con apuestas crecidas. Y hay jugadores que colocan a los dos paños. Si gana Alemania, pasarán por caja, demostrando los servicios prestados. Si Alemania es derrotada, demostrarán otros servicios prestados a la causa de Noruega libre. Un mundillo muy turbio, señores.

Mientras hablaba cogió ella una «Savage» del nueve corto, y como una niña tanteando los propulsores de un juguete mecánico, empujó primero la palanca, que hizo abatirse la chapa con perfil desprovisto de cigarrillo y alfileres.

A la misma distancia de veinte metros, surgió la blanca silueta de

un hombre, en cuya frente, garganta, corazón y antebrazos había un círculo pintado en negro, ancho como una moneda de dólar.

Encañonando a Norman, dijo ella sonriente:

—Te haré quedar bien, Nils. Fue mi profesor allá en Oslo, hace dos años. Me propuse llegar a tirar con cierta maestría. Antes, las muchachas preferían tocar el piano y bordar. Yo presentí que en el cañamazo europeo, se estaba bordando un dibujo siniestro, que llegaría a Noruega. ¿Cuál es el punto más vulnerable de un hombre, Alex?

—El corazón, desde un principio y hasta el final de los siglos.

Tendió ella el brazo armado, y el único balazo astilló la madera pintada de negro a la altura del corazón de la silueta masculina, a veinte metros de distancia.

Parecía un juego, y una conversación incoherente. Pero Ralf Banister estaba convencido de que se fraguaba una extraña asociación entre ellos cuatro.

—Para los malos pensamientos — dijo ella.

Su segundo disparo se incrustó en la madera de la frente.

—Para desarmar a un enemigo que no interesa enmudezca hasta el final de los siglos.

El tercer balazo perforó el antebrazo derecho de la silueta.

Dejando caer la silueta, expuso ella:

—Rinden hoy más servicio a Noruega las que bordan a tiros, que las necesarias, pero asustadizas, amas de casa. ¿Les has dicho a estos señores que nos vamos mañana al amanecer, Nils?

—No consideré oportuno, ni hubo ocasión, Bruni, de explicarles lo referente a tu visita. De todos modos, tú tienes la palabra.

—¿Sabe el señor Gilroy cuál era tu profesión antes de ser el secretario personal de Magnus?

No contestó Nils Norman, sino el propio Gilroy:

—En el año treinta y cinco, ingresó como policía de tercera en la Brigada Criminal del sector quinto de Oslo. Ascendió a agente de primera, en la misma Brigada el año treinta y nueve, fecha en que solicitó Magnus sus servicios, pidiendo entonces el agente de primera, Nils Norman, licencia indefinida. Consta así en el archivo de registro de extranjeros de Long Ellis, cuando el trámite de entrada a Nueva York.

—Un tanto a su favor, Alex. ¿Estoy yo también fichada en Long Ellis?

—No he tenido aún tiempo de ir a consultar el registro.

—Aterricé en Blume Point, a las doce y treinta de hoy.

—Blume Point es el aeródromo de avionetas particulares, procedentes de nuestra aliada Inglaterra.

—No juegues más, Bruni — dijo casi severamente Korman —.

Para disipar cualquier equivoco, señores, efectuaré la completa presentación de Bruni Ingeborg.

—Trataré de ruborizarme — dijo ella.

Pero debía serle difícil, pensó Banister, oyendo la completa presentación que hacía con cierta solemnidad el ex policía Korman:

—Por méritos contraídos en lo que va de campaña, Bruni Ingeborg, ostenta el título honorario de capitán de comandos, es diplomada enfermera, y posee el título de piloto civil.

—A la orden — dijo Gilroy, cuadrándose marcialmente —. Una Venus moderna, heroína noruega, orgullo nacional. Tuve la certeza de que no estábamos viendo solamente a una preciosa criatura, sino a uno de esos seres privilegiados que la Humanidad no elabora por series. Puede que mi amigo Ralf sepa hallar un madrigal más acorde con tus cualidades, Bruni. El tuteo es respetuosamente patriótico.

—¿Qué dice el hombre fuerte? — inquirió ella mirando a Banister —. Esta es la fama de los hombres taciturnos y silenciosos.

—Hay armarios vacíos cuando la puertas se abren — sonrió Banister —. En realidad, yo soy un simple oyente, un espectador.

—Nosotros tres ya hemos disparado, Ralf. Los tres somos excelentes tiradores. No nos consta su dominio práctico, de una ciencia que, teóricamente, es la suya Ralf.

Con la zurda cogió Banister una «ZK», calibre nueve, fabricada en la industria alemana de armamentos de Essen.

Miró la hilera de palanquitas, y pulsó la que al lado ostentaba el letrerito:

«Media silueta. Máxima distancia: 22.»

La chapa, al alzarse casi al fondo de la galería de tiro, mostró la cabeza y busto, con círculos negros en la frente, garganta, corazón y en cada hombro, en su extremo de unión con el brazo.

Sin tender el brazo, apoyada la zurda en su cadera, taladró Banister en cinco disparos consecutivos los cinco círculos-diana.

Y al dejar la pistola alemana sobre la mesita, se llevó los dedos a la cara, abarcando con las yemas sus sienes. Y dijo:

—Estoy cansado, y les ruego me excusen. Necesito unas horas de reposo en un cuarto a obscuras.

—Si quiere reposar y tenderse en cualquier alcoba de la casa, Banister… — ofreció Norman.

—Agradezco su oferta. A veces, me pasa pronto… Unas aspirinas y un poco de ginebra.

Cogiendo por el codo a Banister, le condujo Gilroy fuera de la galería de tiro, siguiendo a Norman, que los precedía.

Se había adelantado Bruni Ingeborg, a la que hallaron en el *living*,

escanciando ginebra en una copa del mueble licorera.

Tenía Banister las aspirinas preparadas ya, y fué bebiendo los cuatro sorbos.

—Te acompañaré al hotel, si quieres, Ralf — se brindó Gilroy.

—Siento de veras ser un estorbo. Me consta que deseas conversar con la señorita Ingeborg, referente a Janis Krusberg. Aquí mismo, con las luces apagadas, en este diván, me recuperaré al instante.

—Nos encontrará en el salón — indicó Korman.

Salieron ellos tres, apagando Korman las luces, y pasando al contiguo salón, donde apenas se hubieron instalado dijo ella:

—Tiene un espíritu muy despierto su amigo Ralf. Ha hecho una alusión a Janis Krusberg, y si he venido a Nueva York, fué precisamente porque quería hablar con Magnus acerca de la desaparición de Janis. Existe el convencimiento de que Janis Krusberg, por orden e inducción de su hermano Olaf, ha sido raptada y llevada a Oslo, por agentes de la Gestapo noruega.

CAPÍTULO VIII

Durante la pausa que siguió, Alex Gilroy se concentró en una sola idea: ¿dónde estaba el nexo de unión entre el suicidio de Magnus Krusberg, la muerte de Sonia Brendel y la desaparición de Janis Krusberg?

Lo estudiaba desde un punto de vista meramente policíaco.

Fué Nils Korman el que rompió el silencio:

—Bruni se propone dirigir un comando de infiltración a Oslo, Janis Krusberg y ella eran íntimas amigas. Me ha propuesto acompañarla, y he accedido, porque si hay una persona en este mundo por la que yo experimente asco, odio y que me inspire un afán de matar, esta persona es Olaf Krusberg, el «Monstruo de Oslo».

—Nils es un romántico — dijo ella, afectuosamente —. Cualquiera de nosotros, sin distinción de sexo, cuando decidimos luchar por la libertad de nuestra patria, aceptamos estrujarnos el corazón, y anteponer a todo sentimiento, la utilidad de nuestro posible sacrificio. Se me ha encomendado la misión de eliminar a Olaf Krusberg, y he aceptado con doble anhelo, porque la muerte de Olaf Krusberg, siendo un bien para los noruegos, supondrá averiguar múltiples secretos. Matar es fácil, está al alcance de cualquiera… Pero suprimir a Olaf, y apoderarse de su fichero secreto, es ya más difícil. Se precisan, además de cualidades físicas, aptitudes investigadoras. Nils es el compañero ideal para mi comando.

Alex Gilroy no contestó, porque aparecía Banister…

—Celebro que haya sido pasajera su indisposición, Ralf — dijo ella, amablemente —. ¿Son jaquecas de intelectual?

La pregunta fué hecha sin ironía.

—Hemicráneas vulgares. He oído lo que estaba diciendo Bruni, y permítanme una pequeña conferencia. Durante mis viajes, tenía a veces arrechuchos de nostalgia, recordando nuestra comarca. Y una voz íntima me reprochaba el ser un egoísta. Noruegos como yo, estaban muriendo valientemente, defendiendo mi terruño. Y, mientras, yo recorría salas de conferencias. Ya sé que era un modo de hacer propaganda, pero no me producía la menor satisfacción, salvo la económica. Pero conseguía vencer mis propios reproches. Y esta noche sucedió un hecho, que un psicólogo podría calificar como complejo de esteta sublevado. Adoro las bellezas que hacen placentera la vida: un hermoso paisaje, un cuadro, una composición musical, una bella mujer… Vi morir a Sonia Brendel, una mujer bonita y de espiritualidad demostrada. Lo consideré, no como un crimen más, sino como un atentado a la belleza. Y si en los archivos secretos de Olaf Krusberg, pueden hallarse pruebas contra seres abyectos, como lo es el que mató a Sonia Brendel, solicito un honor, Bruni Ingeborg: formar parte con usted y Nils del comando que van a realizar.

Hizo una pausa Banister, antes de añadir:

—La muerte del capitán Bruni Ingeborg, también sublevaría mi complicada mentalidad, pero en grado inferior. Porque moriría una hermosa mujer, gloriosamente, y cómo eligió, en sendas de peligro. Pero Sonia Brendel era la imagen de la completa negación de toda violencia. Usted, con toda su pujante femineidad, será un compañero con quien compartir peligros. Sonia era una Eva nacida para inspirar ideas de paz… Usted, será inspiradora de canciones hermosas, arpegiadas sobre un fondo crepitante de metralletas. ¿Me aceptan por compañero?

Nils Korman se aproximó a Banister para, tendidas las dos manos, estrecharlas con vigor. Y la sonrisa emocionada de su rostro, le hizo de pronto simpático, jovialmente enérgico:

—No te escudes con pudor viril, tras cuentos complejos, Ralf. Vienes con nosotros, dispuesto a luchar por Noruega libre.

Bruni Ingeborg opinó sentenciosamente:

—Son dos románticos, tanto el policía Nils como el erudito Ralf. Y te aceptamos con gran placer, Ralf.

En pie, Alex Gilroy examinaba, pensativo, la punta de su cigarrillo. Dijo:

—Mi pasión es investigar, pero considero llevar demasiado lejos el espíritu investigador, dirigirse a Oslo, para buscar una pista, entre zumbidos de obuses, bombardeos de costa, y canciones de metralleta.

Espero que no me despreciaréis.

—Cada uno de nosotros, allá donde esté, trata de cumplir lo mejor que puede con su tierra natal, Alex. Y precisamente, podrías hacernos un favor. Debes tener amistades en los organismos policiales de Nueva York.

—Yo también, en menor escala, soy miembro honorario de varios organismos dedicados a investigación. ¿Qué puedo hacer por ti, Bruni?

—Por mí directamente, no, ya que tengo en orden la tramitación de permisos, que me tolera el aterrizaje en Blume Point, y elevar el vuelo cuando quiera. Pero tal vez a Nils, para declaraciones, le causen una demora.

—¿A qué hora piensas tomar los mandos de tu pájaro?

—Salvo contraorden del servicio meteorológico, a las nueve de la mañana.

—A las ocho y media, estaré allá, con todo arreglado, para que vosotros tres voléis hacia Londres.

—Hacia Westondale — rectificó ella —. La base de Noruega Libre, en las Shetland. Desde allí, se organizan las salidas de comandos.

—Iré ahora mismo a resolver esta pequeña dificultad. El gobierno federal presta las máximas facilidades a los patriotas aliados. No me acompañes, Ralf. Sois ya los tres, el comando particular que logrará encontrar la identidad de Gunther, y su grupo de pistoleros, actuando en el extranjero. Hasta mañana, a las ocho y media, en Blume Point.

Media hora después, Alex Gilroy estrechaba la mano del comandante jefe de la sección de contraespionaje norteamericano, que a su cargo tenía todos los servicios referentes al llamado Grupo Escandinavo.

—He examinado los sucesivos informes que por escrito ha ido remitiendo el capitán Mullins. Es indiscutible que nos pertenece la averiguación de los hechos que rodean el suicidio de Magnus Krusberg y la muerte de Sonia Brendel. Por ahora, poseemos dos interrogantes, por todo material: ¿quién provocó la inquietud que condujo a la muerte por suicidio de Magnus Krusberg, que financiaba con aportaciones mensuales, la acción de Noruega Libre? ¿Quién tenía interés en silenciar a Sonia Brendel?

—Y se obtiene una respuesta. Gunther.

—Hay unos doscientos mil noruegos repartidos por el Estado de Nueva York.

—Yo soy uno de ellos — admitió, compungido Alex Gilroy.

—Siguen quedando ciento noventa y nueve mil noruegos.

—Error, error. Yo pudiera ser este Gunther, porque la codicia es un móvil poderoso. Gunther, con el triunfo alemán obtendría grandes

beneficios. Un detective de modestos ingresos como yo, pudiera haber sido tentado por el servicio secreto, de la otra Noruega, la germanófila.

—Si usted es Gunther, yo soy Himmler.

—Demuéstreme usted que no es Himmler. Esto pretendo yo. Demostrar que no soy Gunther. ¿Cómo? Averiguando quién es. ¿Dónde? Aquí en Nueva York, imposible. Pero existen unos archivos secretos en Oslo, en la Komandatur cuya jefatura ostenta Olaf Krusberg.

—Exacto. Un momento… — y tras compulsar las hojas de un clasificador marcado con cifras y números en clave, resumió el jefe de la «O.S.S.» del grupo escandinavo —: El primer intento lo realizaron treinta y dos noruegos, que sólo pretendían asaltar el Cuartel de las oficinas donde manda Olaf Krusberg. Consiguieron llegar a dos pasos de la escalinata. Fueron barridos, aunque lograron suprimir a una decena de esbirros de Olaf. El segundo intento, lo llevó a cabo un comando de cuarenta especialistas lanzados en paracaídas. Capturaron más de la mitad, y el resto cayó cuando cruzaba una carretera. El tercer intento fracasará, porque Olaf Krusberg dispone de una cota de mallas bien tejidas en torno a sus archivos, y en torno a cualquiera de sus desplazamientos.

—Me da usted un gran acopio de optimismo, señor. Mi idea me pareció genial. Pensé que yendo a Oslo, podría obtener la relación completa de los grupos del «S. K.», y la ficha particular de Gunther. Y obtener también información de primera mano, acerca de los motivos que impulsaron a Magnus a matar.

—¿Había pensado usted en formar en algún comando…? ¡Un momento! Ha habido una confusión. Acaba usted de decir que en Oslo tal vez hallaría información acerca de los motivos que impulsaron a Magnus Krusberg a matar. A matarse, habrá usted querido decir.

—No, no…

—Escuche, Gilroy: sé que le encanta ver el paladar de sus interlocutores, dejándoles boquiabiertos. Pero mi ración diaria de misterios es suficiente, sin que venga a horas extraordinarias, a aumentarla. No hay el menor error en la investigación realizada. Fué la mano de Magnus la que disparó las dos balas que estaban alojadas en la cabeza de Magnus. Fué la pistola de Magnus, y su postura no permitía dudas.

—Magnus en su casa de campo tenía un «stock» de pistolas. La que estaba al alcance de su mano, en el primer cajón de su mesa, fué la que cogió cuando alguien se presentó ante él, exasperándolo a placer, o revelándole determinados secretos, por él bien conocidos, como, por ejemplo, que era sabido que jugaba a dos paños, enviando dinero a Noruega Libre, y a su hermano Olaf. Son simples hipótesis, ya

que Magnus no puede corroborarlas. Sólo Gunther.

—Pero Magnus cogió su pistola, y se disparó dos tiros.

—Sigo en mi hipótesis, la única que encaja en la idiosincrasia de Magnus. Estaba inquieto, temía a un tal Gunther, pero no era hombre para suicidarse, sino hombre para seguir escalando cumbres, sin importarle pisar esqueletos. Admitiendo que Gunther es un cerebro privilegiado, que no emplea recursos ordinarios para eliminar a un hombre, hemos de admitir, que pudo imaginar la supresión de un financiero que jugaba a dos paños, dando la neta impresión de que se trataba de un suicidio.

—Pero, ¿cómo mil demonios es posible lo que imagina, Gilroy?

—Yo no lo imagino, y es de esperar que algún día me sea confirmado por Gunther, o algún secuaz suyo. ¿Me permite?

Cogió Gilroy de encima de la mesa la boquilla antinicotínica del comandante. La mostró a su dueño.

—¿Esta boquilla la conoce usted bien, ¿no?

—Naturalmente, puesto que fumo con ella.

—Usted coloca el cigarrillo aquí, redondea los labios al otro extremo, aplica una cerilla, y echa humo.

—¡Sí, echo humo! ¿Y bien?

—Está tan familiarizado con esta boquilla, que no se le ocurre revisarla, desmontándola, a cada cigarrillo que se dispone a fumar. Pero si Gunther tiene ocasión de poder estar a solas en este despacho, y tras haber madurado su plan, como artista del crimen que es, cuando usted venga a coger su boquilla, exteriormente la misma, ya no es la misma. A lo mejor, en vez de humo, inhala usted gas venenoso de acción fulminante. Y delante de usted, Gunther devuelve a la boquilla su condición natural. Pero usted está muerto, y cuando le encuentren, pueden dictaminar suicidio.

—Ingenioso, pero mi boquilla… Creo que de ahora en adelante fumaré sin boquilla. Prosiga.

—Repito que es pura hipótesis. Gunther ha tenido tiempo de manipular en el arma de Magnus, que éste tiene en el primer cajón de su mesa. Cuando Magnus se sienta tras la mesa, aparece Gunther y le asegura a Magnus que si vencen los alemanes, irá a la horca, por doblemente traidor. Consigue exasperar a Magnus, diciéndole, por ejemplo, que tan pronto reciba órdenes de Oslo. Magnus será eliminado. Y entonces Magnus, tan familiarizado como usted con su boquilla, con su pistola, la coge rápidamente, y dispara contra el que ha venido a anunciarle personalmente que le va a estropear el más grande negocio de su carrera. Los dos balazos destinados a Gunther se incrustan en la frente de Magnus, por una ley natural.

—¿Natural?

—El que dispara hacia un blanco, eleva, cuando está sentado tras

una mesa, la pistola hacia arriba, colocándola en punto de mira. Un técnico en armas le dirá que una pistola de barrilete «Star», recámara cilíndrica sin estría, con dos cañones cortos, es susceptible de modificación en la caja de percutores, pieza independiente; que a la inversa, en su martillo de percusión y, con los cartuchos invertidos en el barrilete, dará lugar a la práctica realización de eso que llamamos «salir el tiro por la culata».

—Y apenas los dos balazos que Magnus destinaba a Gunther, le taladran su propia frente, restituye Gunther a su primitivo estado la «Star».

—Le bastaba colocar los otros cartuchos, normalmente, y dar giro a los percutores, puesto que los cañones tenían el amartillamiento en abridor de línea constante, es decir, no interrumpido por pieza fija de cierre de los dos cañones. Gunther tuvo tiempo de visitar aquella casa, encontrar la «Star», y planear el suicidio falso de Magnus.

—¿Por qué no eliminarlo sin tanto maquiavelismo?

—El suicidio de un financiero no alborota al contraespionaje. Pero después, cuando Gunther o un secuaz suyo, oye decir a Sonia Brendel, que ella conoce el nombre del que indujo a Magnus a suicidarse, entonces, con la muerte de Sonia, determina Gunther que aquello ha terminado. Y ahora, ya no dará señales de vida, ni dejará la menor huella… aquí, en Nueva York. Por lo tanto, me interesa informarme en la fuente más directa: Oslo.

—Le felicito por su decisión, Gilroy. Pero…

—Por favor, no me amilane con sólidos argumentos, demostrándome que ya existen comandos especializados. Un avión pilotado por el capitán Bruni Ingeborg, sale mañana a las nueve de Blume Point, y tiene cabida suficiente para cinco pasajeros. Que yo sepa, somos tres por ahora. Y si el avión tardase más tiempo en salir, creo que me quedaría aquí. Por ahora en mí es más fuerte el impulso de visitar Oslo, en apasionante investigación, que la sensata atracción de permanecer en Nueva York. He venido a solicitarle todos los documentos precisos para que no exista el menor impedimento, a la salida de Nils Korman y Ralf Banister.

—Cuente con ello. Los haré extender ahora mismo. ¿Escalas?

—El piloto que me ha informado, aseguró que el avión en que ha llegado el capitán Ingeborg, es el último modelo, garantizado para cubrir fácilmente una distancia doble a la que existe entre Blume Point y Westondale. Confío que será así. Vuelo directo, sin escala.

—¿Ralf Banister? Es un técnico en armas — murmuró el comandante.

—Como Nils Korman, como Ingeborg, como yo mismo… Ya ve, aun quedan ciento noventa y seis mil noruegos transitando por el Estado. Y en cambio, en los archivos secretos que vigila Olaf Krusberg

con su jauría de tiradores de primera, basta con buscar la letra «O», en la sección «S. K.», y al instante salgo de dudas. Fácil y sencillísimo. No hay más que meterse en un avión conducido por una mujer, como primera medida. Después… ya se lo contaré a la vuelta, señor.

El comandante prefirió no hacer comentarios. Al fin y al cabo, cualquier escandinavo que pretendiera realizar un comando sobre Oslo, era un héroe seguro y un cadáver probable.

Pero no todos los comandos poseían la mental fortaleza del detective Alex Gilroy.

CAPÍTULO IX

En los alrededores de Oslo, en el arrabal de residencias señoriales conocido por Fossborg, una de las más antiguas era la propiedad de los Krusberg, cuyo extenso parque antes del año 1940 no tenía más limitación que unas cercas y setos, y muchos espacios sin limitación alguna, se jalonaban con espaciados carteles, indicando que aquellos terrenos eran coto privado de los Krusberg.

Pero a raíz de la ocupación alemana, la mansión de los Krusberg había experimentado una transformación radical, tanto en su aspecto topográfico, como en el de su usufructuario.

Setos y cercas habían sido sustituidos por doble tendido de alambre espinoso, y donde antes estuvieron los carteles, había garitas.

El antiguo palacio tenía ahora apariencia de fortaleza sitiada, por cuanto la guardia era constante, y con frecuencia se oían disparos al filo del amanecer.

La guardia era constituida por elementos de la policía noruega que habían aceptado el mando del comisario nombrado por la Gestapo.

La transformación de Olaf Krusberg, usufructuario de la propiedad, en la ausencia de su hermano Magnus, había sido prodigiosamente asombrosa.

El hombre que sólo parecía vivir para caballero terrateniente, con aficiones artísticas, se había convertido en el «Monstruo de Oslo», y los fosos, que antes eran saltados como obstáculos por los pura sangre de las cuadras de los Krusberg, eran los que recibían los cuerpos acribillados de los ajusticiados al filo del amanecer, tras una permanencia en los sótanos del palacio.

Las bodegas, invernaderos y cavas, se habían transformado en la principal cárcel de la Gestapo noruega.

Los terratenientes vecinos habían preferido ausentarse, y los

parajes risueños por donde antaño gustaban de pasear novios y familias, quedaron desiertos.

Pero si bien en vez de jardineros y guardabosques, transitaban por el interior de las alambradas individuos con uniforme azul obscuro y metralleta al hombro, cañón hacia el suelo, seguía oyéndose música romántica, extrañamente triste.

Olaf Krusberg había abandonado sus trajes deportivos y sus polainas de cazador por el uniforme azul obscuro de galones plateados en el coleto de la guerrera, y botas de negro tafilete flexible, sujetas bajo las rodillas por ancha correa plateada.

Pero no había abandonado su enfermiza predilección por los valses tristes, las sinfonías de monótona vaporosidad, y las composiciones delicadamente melancólicas.

Físicamente, Olaf Krusberg tenía la corpulencia de un leñador, desde las robustas piernas, hasta el redondo cuello. El rostro era de soñador amable, como en aquellos instantes en que, terminada la cena, paseaba por el amplio salón oyendo desgranar en el tocadiscos de cambio automático, los acordes finales de la «Primavera» de Grieg.

El ondulado cabello rubio peinado al cepillo, rizándose en su nunca, y el blando perfil, le daban aspecto de artista, al igual que sus manos blancas, de uñas manicuradas. Cesaba toda idea espiritual, cuando se contemplaba su gruesa boca, de labio inferior algo colgante, y sus azules ojos, de un color desvaído, turbio…

Tocaron con timidez en la puerta, tan pronto el disco daba fin. Pulsó Olaf Krusberg la palanca de interrupción, y su voz de peculiar matiz, dió el permiso solicitado.

Una afonía crónica daba gravedad extraña a las palabras que profería Krusberg, comunicándoles un tono casi amable, aterciopelado.

Heinz Bruster, uno de los tres escoltas personales del Comisario Krusberg, era en 1940 campeón de semipesados de Noruega.

Deportivamente, había tenido fama de boxeador desleal y bestialmente sucio, aunque no le podían negar una valentía a toda prueba.

Heinz Bruster, siempre que tocaba comunicar algo al Comisario Krusberg, encogía el cuello entre los anchos hombros, y no fingía el íntimo temor que le producía su dueño y señor.

—Larson y Nielsen tienen orden de interrogar a Jerholm, señor.

Olaf Krusberg miró hacia el reloj carrillón. Marcaba las diez menos un minuto. La hora señalada para el interrogatorio de Jerholm, era las diez.

—Que me esperen, notificando a Jerholm, que es preferible me evite molestias.

—Si, señor.

Se marchó Bruster para, bajando unas escaleras, entrar poco después en una de las celdas, en que se subdividía la antigua cava.

Al igual que él, cuando entró, se despojaron de sus guerreras azules los otros dos que aguardaban a cada lado de la puerta. Gösta Nielsen y Karl Larson, en mangas de camisa, fueron arremangándose lentamente.

Formaba parte del preliminar creador de angustia. Nielsen y Larson, luchadores de «catch», no habían sido seleccionados por Krusberg únicamente por su fuerza y destreza corporal, sino porque, al igual que Heinz Bruster, eran excelentes tiradores.

Al fondo de la celda, en el camastro se sentaba un individuo, cuyo traje gris, de buen corte, mostraba manchas de sangre. En el interrogatorio de la noche anterior, iniciado por Bruster, y ante la digna altivez insolente de Nicholas Jerholm, los tres interrogadores, convirtieron en saco humano, lanzándoselo de uno a otro, en puñetazos deliberadamente científicos y de mediana contundencia, al que cuatro días antes se hallaba en Londres representando a uno de los más activos grupos de la Noruega Libre.

El rostro magullado no había perdido su altivo señorío, y clavó Jerholm sus ojos cargados de desprecio en Bruster, que a un paso de distancia, terminando de doblar sobre el codo su manga izquierda, dijo:

—Será preferible que le evites molestias al señor Olaf. Va a venir, y si persistes en callarte y hacerte el aristócrata, lo lamentarás cuando sea tarde. La paliza que ayer noche recibiste, considérala un mimoso trato comparado con el arte que posee el señor Olaf, para hacer hablar a los más taciturnos. ¡Ponte en pie!

Se apartó respetuosamente Bruster, porque entrando, Olaf Krusberg, ordenaba:

—Esperad fuera vosotros tres.

Cerró el propio Krusberg la puerta desde dentro y avanzando, extrajo una pitillera de platino, cogió un cigarrillo, y la presentó a Jerholm, que denegó. Ambos se miraban reflexivamente…

—Lamento el estado físico en que se halla, Jerholm.

—Lamento tu degradación moral, Olaf Krusberg.

—Era de suponer que me recibirías así, Jerholm. Pero es mi deseo hacerte saber que, si quieres seguir viviendo, has de abandonar esta actitud. Anoche no pude venir porque tenía otros informes pendientes. Te ruego contestes como persona inteligente que eres, Jerholm. Si fueras un bruto como esos tres que te interrogaron anoche, comprendería tu vana resistencia. Pero los inteligentes, sabemos dosificar el coraje y la valentía, Jerholm. Guando es inútil, el hombre inteligente no persiste en luchar contra un imposible. Cuando la guerra termine saldrás libre. Mientras, permanecerás aquí, sometido a

mejor tratamiento. Contesta, Jerholm: ¿es cierto que tu grupo recogía fondos para asalariar una sección de treinta terroristas, destinándolos a actos de sabotaje en Oslo?

—Es muy cierto; pero son hombres valientes, expertos en sabotaje, no terroristas. No era un salario lo que percibían, sino la cantidad segura para cubrir el porvenir de sus familiares, puesto que les consta que, una vez realizada su misión, pocos de ellos volverían a Inglaterra.

—Bien. Veo que te comportas inteligentemente, Jerholm. Según mis informes, estos grupos trasladados en buque inglés, serían dejados en aguas noruegas, tripulando dos lanchas rápidas. Cuando mis agentes lograron capturarte, la operación de estos terroristas estaba a punto de ser realizada. ¿Fecha, hora, sitio?

—Tus enviados me capturaren hace cuatro días, a las once de la noche, y sin gran riesgo. Se valieron de una mujer desconocida, una que creí camarera del hotel, y que vertió narcótico en mi coñac.

—Te consta que pido saber la noche, y el lugar en que el buque inglés arriará las dos lanchas rápidas con tus treinta terroristas.

Nicholas Jerholm hizo una mueca despectiva:

—Eres un hombre instruido, Olaf. Has leído obras de criminología y sabrás que existen varias categorías de seres infrahumanos. Casi todos ellos tienen un atenuante. Llámala ambiente, demencia, pasión viciosa. Tú perteneces a la escala más baja y vil. La del ser repulsivo, sin atenuante alguna. Eras hombre rico, apolítico.

Retrocedió, más por asco que por temor el que hablaba, al chocar blandamente contra su boca el dorso de la diestra de Olaf, con el cigarrillo entre los dedos, que chamuscó levemente la mejilla del catedrático.

—Los insultos de los traidores enemigos, no ofenden, Jerholm.

—Tu presencia sí que ofende, Olaf. Tus proclamas inflamadas de entusiasmo, pregonando la wagneriana condición del invasor, son grotescamente ridículas. ¿No sabes que hasta los propios alemanes de la Gestapo te desprecian?

—Es tu furor de vencido lo que te hace decir falsedades. Jerholm. De todos modos, no estoy para controversias.

Tirando el cigarrillo, sacó Krusberg de su bolsillo unos guantes de piel granate, que fué enfundando lentamente en torno a sus dedos.

Los nudillos presentaban una flexible rigidez. Plaquitas de acero en laminillas superpuestas, con forro interior de lana, que impedía que se contusionara al golpear…

—Leí algunos de los artículos que me dedicaste en el periódico editado en Londres, Jerholm. Me llamabas bestia sádica, grotesco gorila melómano, bruto fauno de mujeres enlutadas, y otras lindezas. Voy a corresponder a tus atenciones.

Nicholas Jerholm, viendo acercarse al que le superaba en fuerza física y reputado deportista, se encorvó ligeramente, avanzando las manos crispadas, dispuesto a no permanecer quieto, como había hecho la noche anterior.

Gimió cuando, esperando un puñetazo, recibió en el mentón el veloz punterazo, que lo proyectó hacia atrás, sobre el camastro. Medio inconsciente intentó golpear, pero sus brazos no hallaron dónde.

Olaf Krusberg, desde un lado, le había asido por los cabellos y, con fría crueldad, aplicaba repetidos golpes cortos, sobre cejas, nariz y boca…

Una labor de machaqueo bestial. Y en la cama quedó inerte, desfigurado el rostro convertido en pulpa sanguínea, el catedrático Jerholm.

Olaf Krusberg se quitó los guantes, yendo hacia la puerta, que abrió. Tendiéndolos a Bruster, que sabía que antes de cinco minutos debía haberlos limpiado de todo rastro de sangre, dijo:

—Reanimad a Jerholm, y no le golpeéis. Emplead el látigo, y ofrecedle café. Le gusta mucho el café al señor catedrático. Después, ofrecedle coñac. También le gusta. Y, por último, cigarrillos. ¡Ha de hablar!

El café hirviendo sería arrojado contra el cuello del que, anhelosamente, fuera a coger la taza ofrecida. El coñac en los ojos, y el cigarrillo encendido aplicado sobre la piel…

Olaf Krusberg, reajustando su guerrera, encendió un cigarrillo al abrir la puerta marcada con el número 1.

Celda confortable, paredes tapizadas, lavabo, cama lujosa, mesita-secreter, y mesa provista de diversos manjares en fuentes de plata; pero desde los entremeses, hasta la crema helada y el café en el samovar, todo estaba intacto.

Una mujer se reclinaba contra la ventana artificial, pintada en la pared una perspectiva de jardín, donde un rosal renovaba el aire por sus flores, que disimulaban artísticamente las bocas de los tubos de aspiración y ventilación alterna.

Vestía un traje sastre gris, en cuya chaqueta hundía las manos temblorosas. Su rostro ancho, de pómulos salientes, resultaba bonito, por el complemento armónico de sus ojos color miositis, la fina nariz, la tersa frente y la boca, de dibujo firme.

—Buenas noches, Janis. No me fué posible, darte ayer la bienvenida cuando te devolvían al hogar paterno.

Janis Krusberg, que había preparado mil discursos indignados al saber por sus raptores a dónde iba el camuflado mercante con pabellón inglés que ancló en un fiordo noruego procedente de una bahía solitaria inglesa, sólo supo decir tristemente:

—Me apena verte, Olaf. Me costó un gran esfuerzo imaginar que

era posible que tú… fueras el «Monstruo de Oslo».

—El populacho siente predilección por los calificativos desorbitados, Janis. Debes comer algo Janis. Es comida noruega, sabrosa, muy distinta a las pitanzas de carnívoro hambriento de John Bull.

—Prefiero perder el sentido por debilidad, Olaf, que seguir consciente de que mi propio hermano me tiene prisionera en nuestra casa.

—Te fuiste a Londres en excursión de estudianta, Janis. Y no quisiste volver, pese a mis invitaciones. Te convertiste en amante de…

—¡En secretaria de Nicholas Jerholm! Un hombre bueno que no te tiene odio…

Olaf Krusberg terminó de mordisquear una cereza confitada, limpiándose cuidadosamente los dedos con la servilleta…

Dirigió una mirada indefinible a su hermana Janis: la menor de los Krusberg.

—Te consta, Janis, que siempre te quise. ¿Por qué me hiciste eso? ¿Por qué consentiste en ser compañera de un hombre como Jerholm, que te dobla la edad?

—Desde que supe que iba a verte, he temido este instante, Olaf, porque no quiero ofenderte, pero si persistes en ofenderme…

—Sólo digo verdades, Janis — y la afónica voz tenía deje melancólico —. Los informes del «S. K.» en Inglaterra, aludían a tu constante presencia cerca de Jerholm. Habitabais en el mismo hotel, pared por medio, como única concesión a un decoro perdido.

Las lágrimas que ella retenía, se agolparon en sus ojos, al replicar:

—Jerholm es un idealista, y sólo pensaba en la libertad de Noruega. No me habló nunca de amor, Olaf. Y si me hubiera pedido amor, tal vez hubiese aceptado ser su esposa. No debes ofenderme, Olaf…

—Jerholm es un idealista estúpido, cuya vida tiene para mi menos valor que la de un papagayo, que repite palabras enseñadas por su amo. ¿Quieres a Jerholm?

—¡Sí!

—¿Más que a mí?

—Tu pregunta es absurda, Olaf. Son cariños distintos.

—Me consta; pero has preferido permanecer junto a un traidor que venir a esta casa.

—Es triste, Olaf… tenerte que decir que… sólo hay un traidor en la familia Krusberg. Y casi te perdonaría, si llevases un uniforme alemán; pero este que llevas es la librea del verdugo…

Olaf Krusberg, pese a su corpulencia, era agilísimo. Abofeteó una sola vez, en una mejilla, a la que, tardíamente, levantó los codos como una niña asustada.

Temblaban los labios de Olaf, cuando expuso, dando dos pasos atrás:

—Eres mi hermana menor, y me debes respeto, Janis. No lo olvides. Yo no soy un verdugo. Soy un servidor más de la «gran causa». La raza nórdica, la escandinava, es fraterna en sangre y destino a la aria germánica. Nuestro triunfo común…

—¡Por favor, Olaf, prefiero que me pegues otra vez! Pero calla… Ya me dijeron que tu fanatismo era una máscara con la que encubrías un afán de dominio. Afán de aterrorizar, de complacerte en el miedo que inspiras. Pero, ¡no trates de justificar tu transformación!

—Era un privilegio que te concedía. Pasemos a la realidad. Vuelvo a repetirte que Jerholm no representa para mí ningún valor. ¿Quieres que viva, quieres que sea libre?

—Te lo suplico.

—Le concederé libertad y vida, y podrá irse donde quiera. Tú, como secretaria íntima suya, sabes la fecha y lugar en que han de ser arriadas dos lanchas rápidas, con tripulación de treinta terroristas. Es sencillo. Dame este informe y tienes mi palabra de que Jerholm no sufrirá el menor daño.

—No puedo… No lo sé, Olaf.

—Entonces, tu modo de demostrarle cariño es muy cruel, querida Janis. Lo condenas a sufrir molestias, a ser torturado, a morir lentamente…

—¡No puedo, para salvarle, condenar a morir a un centenar de hombres!

—Son terroristas que vienen a sembrar la muerte. Son sólo treinta suicidas asalariados.

—Transportados en buque, que los aviones o submarinos alemanes hundirían. No, Olaf…

Olaf Krusberg señaló la mesa:

—Cena y medita. Dentro de dos horas, te será repetida la pregunta, de cuya contestación depende el que vuelvas a ver a Jerholm.

—¡Te lo suplico, Olaf!

Ya cerca de la puerta se volvió él. Dijo.

—¿Lugar, fecha, hora, características del buque transporte?

—No puedo decirte lo que supondría…

Olaf Krusberg salió rápidamente, cerrando por fuera. Al pasar ante la celda ocupada por Jerholm descorrió la mirilla…

Con los brazos en alto, atado por las muñecas a las correas que pasaban por una polea en el techo, Jerholm ya había «tomado» café. Ahora, era reanimado con el restallido de una soga mojada en agua…

Olaf Krusberg, miró al pasar la vitrina, en la que sus guantes estaban ya secos, esperando para otro interrogatorio.

Cuando penetraba en el corredor, informó respetuosamente uno de los criados, que aguardaba:

—La señora Zoe ha llegado, señor.

En el espacioso salón encuadraba con la suntuosidad y abolengo del decorado, la arrogancia de Zoe Krusberg, que, a sus cuarenta años, seguía siendo aun la «hermosa Zoe».

En su lozana opulencia, últimamente había empezado a mostrar cierto aspecto marchito el rostro, que por el brillo de los negros ojos y la firmeza de los rasgos, contrastaba con el de su hermano Olaf.

Este, al entrar se dirigió hacia el tocadiscos; pero ella se interpuso.

—¿Es cierto lo que acabo de saber, Olaf?

—La verdad de tus certezas, sólo tú la puedes aquilatar.

—No puedo creer que sea verdad, Olaf. No trates de indagar quién me ha informado, puesto que me obligaste a obtener confidencias, y he llegado a una triste maestría en este mal arte. Ayer noche ingresó en una de tus celdas, Nicholas Jerholm. Enviaste para apresarlo a seis agentes del «S. K.».

—Y celebro que mi servicio haya demostrado su eficiencia. ¿Tienes algo que objetar contra la captura de un traidor?

—Mis objeciones carecen de valor, desde que tienes como rehén de mis actos a mi marido, encarcelado en un lugar que ignoro.

—Y que seguirás ignorando siempre, para vuestro mutuo futuro feliz.

—He hecho cuanto me has ordenado, fingiéndome, a veces, una Krusberg escondida, para delatar a personas que nada me hicieron. Por conseguir la libertad de mi marido, te he obedecido… Consideré mi sacrificio, justificado. Pero hay un límite a todo, Olaf. Y creo que lo has rebasado.

—No hay límite marcado para quien, como yo, lucha por el bienestar futuro de la humanidad. No se construyen edificios sin abrir zanjas…

—El secuestro de Jerholm, es un ardid más en esta tenebrosa guerra. Pero… ¿por qué, si desde anoche está Janis en casa, no se halla en las habitaciones que le pertenecen? Esta casa es de Magnus, y sólo será tuya si Magnus muere. Pero aunque fuera tuya, Olaf…, cualquier Krusberg al pisar esta propiedad, se halla en su casa.

—Tu marido se significó como rebelde y te notifiqué que sólo te consentiría venir aquí, sin yo llamarte, en caso de querer comunicarme algo importante.

—¿No es importante, Janis?

—Me pertenece a mí decidir o no la importancia de cualquier persona en el sector de Fossborg.

Zoe Krusberg empleó su tono más persuasivo:

—Yo, como dijiste muy bien, Olaf, te obedezco en todo, porque tengo tu palabra de que mi marido no sufre daño alguno, mientras yo cumpla. Además, soy mujer con edad suficiente para saber amoldarme a las situaciones. Pero Janis es una niña… ¡es nuestra hermana menor…!

—No le deseo ningún daño, y precisamente acabo de verla. ¡Nada de sensiblerías desplazadas, Zoe! Soy tan sensible como tú, pero no puedo consentirme sensiblerías, estando pendientes muchas vidas inocentes.

—¿Vidas inocentes?

—Las son las de aquellas personas que pueden perecer en sabotaje que se disponen a iniciar elementos terroristas enviados desde Londres. Jerholm sabe el lugar y fecha en que un transporte inglés, arriará dos lanchas rápidas, conteniendo dos grupos terroristas, especializados en sabotajes, entrenados para sembrar la destrucción y provistos de armas y explosivos. Jerholm se niega a darme este informe. Yo he prometido a Janis vida salva y libertad para Jerholm, si ella me revela este dato, insignificante, puesto que se trata de impedir que treinta *gangsters* asalariados…

—Y Janis se ha negado — murmuró ella con abatimiento —. Debes tener en cuenta que la niña es una idealista, Olaf…; equivocada, Olaf; pero sin edad ni experiencia…

—He recibido unos discos nuevos, Zoe, y quiero escucharlos sin oír más tus notas lastimeras, sin melodía. Me odias, Zoe, y te correspondo porque al cariño fraterno que me debías, antepusiste la pasión por un imbécil como tu marido.

—Te suplico que me dejes intervenir en favor de Janis.

—¿Cómo?

—Déjame verla.

—Está abajo y quien allí entra ha de ser cacheado.

—¡Yo no puedo aceptar esta humillación!

—Te conozco lo suficiente para adivinar que serías capaz de entregarle cualquier arma a Janis…

—Pobrecilla de ella, que nunca empuñó siquiera una pistola de juguete…

Los ojos de Olaf Krusberg condensaron infinita dureza al decir:

—Eso era antes de que se oyera por Europa la canción de la metralleta. Una música que embriaga tanto que convierte a una niña como Janis, en amante de un estúpido insensato como Jerholm.

—Quiero ver a Janis… Perdona, quise decir que deseo que me concedas el privilegio de ver a nuestra hermana.

—A las once en punto, quedarán libres de un interrogatorio, Nielsen y Larson. Ante ellos dos, te entrevistarás con Janis, diez minutos. Procura persuadirla de que cumpla mis deseos. De lo

contrario, no volverás a verla nunca más, Zoe… Lo lamento, pero antes que mis sentimientos personales, está el triunfo de la causa por la que lucho. ¡Fuera de aquí, Zoe Krusberg! Vas a decirme algo, que no quiero oír. ¡A las once en punto, Nielsen y Larson te acompañarán a ver a Janis!

Zoe Krusberg, esperando en el vestíbulo, rezó en petición de que la «canción de la metralleta» que habría transformado a Olaf en un ser insensible a toda humana bondad, enmudeciera pronto.

Prefirió demostrar ella misma que no llevaba arma alguna, a permitir que la rozaran siquiera las zarpas de uno de aquellos bestiales sujetos que constituían la guardia personal y ejecutores de torturas, de Olaf Krusberg.

Durante diez minutos se esforzó en tranquilizar a Janis, procurando convencerla de que si amaba a Jerholm, sacrificara por él sus convicciones.

Pero se marchó, hondamente apenada, ante la respuesta de Janis:

—Nunca traicionaré la confianza que en mí depositó Nicholas. Él me aborrecería si supiera que el precio de su vida fué enviar a una muerte segura a hombres que contribuyen a liberar Noruega.

Estaba cerca de la puerta blindada que iba a abrir Nielsen, cuando éste se apartó apresuradamente. Olaf tocó en el hombro a su hermana mayor:

—Te ibas sin despedirte. Zoe:

Girando lentamente, ella clavó en su hermano una mirada triste:

—Será inútil torturar a Janis. Perderías dos hermanas, Olaf.

—No veo la razón por la que te afecte lo que a Janis…

—¡Calla, desgraciado! — exclamó ella casi juntos los labios al oído de Olaf —. Si Janis sufre mal alguno físico, si muere…, tendrás que seguir sacrificando a tus familiares, Olaf. Tendrás que matarme, Olaf…

—No veo por qué…

—Abre, Olaf y que el demonio que te inspira, te haga comprender que más te valdrá tenerme por forzosa aliada que por enemiga. ¡Abre, Olaf! No volveré si no me llamas, pero sabré si Janis ha sufrido el menor daño corporal… El dolor que puedas causarle dando muerte a Jerholm, te lo perdono, porque sé que las dolencias de amor tienen bálsamo de tiempo. Pero que sufra físicamente Janis… ¡Y acabaré contigo, Olaf! Yo misma, que te quise y que sigo, a mi pesar, compadeciéndote, te mataré… Y sabes que nunca prometo aquello que no cumplo… Adiós, Olaf. Dios nos guarde.

Salió ella, dirigiéndose a su coche, que ella misma conducía. Cerró lentamente Olaf, pasando los cerrojos de seguridad. Al volverse, miró a Nielsen:

—Llama a Heinz. Tú y Karl, continuad con Jerholm. Urge que

revele lo que sabe. ¡Ha de revelarlo!

Heinz Bruster iba a llamar a la puerta del salón, cuando el radiotelegrafista de servicio en el interior del palacio, se acercó tendiéndole un papel doblado y con lacres recientes:

—Es urgente.

Al entrar Bruster, avanzó presentando el mensaje recién radiado y descifrado, emitido desde una emisora portable, en clave convenida con el «S. K.»

Lo cogió Olaf sin abrirlo. Manifestó:

—La señora Zoe ha averiguado la personalidad que está prisionera en la celda uno, y por eso la ha visitado. Yo no le dije nada. Ella lo sabía, Heinz… Mi buen Heinz… Tengo bastante confianza en ti. Casi te perdonaría una pequeña indiscreción. ¿Le dijiste tú a la señora Zoe que su hermana Janis estaba en la celda uno?

Aterrorizado visiblemente, con trémolo agudo en la voz, gimió Bruster:

—¡Nunca dije ni diré nada a nadie que usted no me mande, señor!

—Sin embargo, alguien de mi servicio ha hablado. Trata de averiguar quién ha sido, Heinz… y pronto. Me dolería perder tu compañía. Te doy hasta mañana por la noche, a las once, como plazo para averiguar esta sencilla cuestión: ¿quién ha informado a la señora Zoe? Puede que sea Karl, puede que sea Gösta, o cualquiera de vuestros pistoleros. Vais a la ciudad, y mi hermana Zoe os conoce… ¡Mañana, antes de las once de la noche, me habrás dicho quién informó a la señora Zoe! ¡Fuera!

A solas, rasgó Olaf el mensaje recién recibido. Leyó inexpresivo el rostro:

> «GUNTHER comunica desde Westondale, a punto de zarpar en comando privado, que se dispone a intentar apoderarse archivos secretos palacio Fossborg. Empleo portable emisora-receptora entregada por noruegos de Westondale. Comunicaré al pisar suelo noruego, para evitar se impida nuestro acceso. He de averiguar composición elementos contactarán con nosotros, para efectuar redada completa. Supongo que tras noticias del suicidio de Magnus, recibiría usted notificación muerte de actriz Sonia Brendel, en la que no tuve participación activa. Esta misma noche, favorables condiciones hacen que el comando del que formo parte, zarpe hacia un punto que ignoro, y que comunicaré tan pronto sepa. Dejen paso libre hasta no comunicar composición red espionaje con que entraré en contacto. GUNTHER.»

Seguía la combinación de números demostrando que era legitima comunicación de Gunther, puesto que correspondían a la exacta situación geográfica de la base de Westondale, desde la que comunicaba.

Gunther, en cada mensaje, data la clave, que era la situación del lugar en que se hallaba. El anterior mensaje lo había remitido desde Nueva York…

CAPÍTULO X

La poderosa femineidad de Bruni Ingeborg quedaba completamente ahogada por el atuendo que vestía. Botas altas, de pescador, llegando a medio muslo, calzón de dril azul, larga blusa impermeable, y recta chaqueta de cuero. Sus cabellos, recogidos en ceñido pañuelo, quedaban ocultos por el amplio gorro de hule negro, con dos viseras.

Era el mismo disfraz que llevaban Alex Gilroy, Nils Korman y Ralf Banister, sentados en los dos bancos de la camareta del pesquero, provisto de motores rápidos, que con las luces apagadas se aproximaba a la costa noruega.

Cada uno de ellos tenía entre las piernas la mochila conteniendo la pequeña emisora. Y bajo la recta chaqueta de cuero, amplia, sin cinturón, abrochada desde el cuello, llevaban al hombro, boca abajo, la metralleta.

Fué Nils Korman el que rompió el largo silencio, despertando tras hacer dormido diez horas seguidas:

—¿Estamos llegando, Bruni?

—Si oyes los motores, es que aun faltan unas millas. Hemos colocado un termo a tu alcance, Nils. Has dormido como un león acumulando fuerzas. ¿Qué tal el genio, Alex?

Alex Gilroy, ya acostumbrado como los otros tres, a la obscuridad, alzó los hombros en gesto evasivo, mientras contemplaba a Bruni:

—Me he acostumbrado ya a la idea de que soy un loco rematado. Es como si estuviera en estado de sonambulismo. Acepté meterme en un avión conducido por una deliciosa Eva, aterrizar en una isla siniestra, permanecer como un topo en compartimentos subterráneos de la base de Westondale, pasar de un submarino a este pesquero bailarín, y haber jurado obedecer órdenes de la capitana Bruni. ¿Qué más se puede decir para demostrar que no estoy en mis cabales?

Sonrió Banister:

—Te finges héroe a la fuerza, pero cuando llegue el momento de demostrar quién de nosotros cuatro vale más… no te quedarás en cuarto lugar. De todos modos, jefa, parece falta de confianza tu negativa a decirnos dónde desembarcamos.

—Yo recibo órdenes y las transmito, Ralf. Me será comunicado por el patrón de este barco el sitio exacto de desembarco, en el mismo instante que nos entreguen el bote neumático.

—Espléndido, espléndido — rezongó Gilroy —. O sea, que tengo en perspectiva un zarandeo a bordo de un neumático. Comprendo que hubiera sido excesiva comodidad exigir que este barco nos dejara en el palacio de Fossborg. Una pregunta, capitana: tenemos metralleta y pistola ametralladora. Ambas armas, con carga completa. Pero suponiendo que sé nos terminen las municiones, ¿habré de recargar con huesos de aceituna?

—Donde iremos hay almacén de municiones de repuesto. Y…

Se calló Bruni Ingeborg. Un silencio repentino hizo que el pesquero se balanceara progresivamente, con mayor oscilación.

El patrón asomó:

—A cubierta, amigos. Todo listo para despedirnos.

El patrón del pesquero asía la mano de Bruni, que, a su vez, conducía por la mano a Gilroy, tras el que iba Korman, cerrando la marcha Banister. Y por tanteo llegaron al bote neumático, ya hinchado, que estaba a punto de ser arriado.

Dió el patrón las cifras correspondientes al lugar que en el plano que llevaba Bruni Ingeborg, debía ésta timonear el bote en su rumbo.

Añadió que con tres remadores emplearían escasamente media hora en penetrar en el fiordo. Protegidos por una lona, encendió el patrón una linterna de bolsillo, dándola a Bruni, que la proyectó sobre su plano de Estado Mayor, con la añadidura de la carta marina.

—Rumbo nordeste constante, por la brújula, capitán Ingeborg. Hasta aquí. Y como siempre, hundan el bote, con lastre. Suerte. Hasta pronto.

Cuatro diestras en silenciosa despedida, y las engrasadas poleas no emitieron el menor ruido al ir arriando el bote neumático.

Bruni Ingeborg empleaba la corta paleta a modo de timón delantero.

Hombro contra hombro, tras ella, remaban Korman y Gilroy. Atrás, Banister, acompasaba rítmicamente su alternado hundir del corto y ancho remo, al vaivén de sus dos compañeros de comando.

De vez en cuando Bruni, cubriendo su cabeza, hombros y brazos con la lona, comprobaba a la luz de linterna, el rumbo hacia el fiordo marcado por una triple «Y» en el plano.

Para el imaginativo Banister, aquel avance tenía semejanzas con la nocturna expedición de cuatro pieles rojas, metidos en una piragua,

a ras del agua negra, yendo hacia un horizonte invisible.

Pero hubo un momento en que flecos de oleaje, rompiendo contra acantilados, sirvieron de orientación. La costa noruega estaba próxima… No necesitó Bruni consultar más el plano. Estaban ya penetrando en la corriente que arrastraba suavemente el bote hacia el fiordo de Svandorj, en cuya primera milla inicial, a la menor alarma, podían abandonar el esquife, para tener más posibilidades de defensa, pisando la ribera este, cubierta de vegetación.

Si no había alarma, debían abandonar el bote en el paraje llamado Granitskal. No había, durante tres millas, casa alguna en el primer trecho del fiordo.

Pero las patrullas costeras podían presentarse en cualquier momento… Llegaron sin incidentes a Granitskal, y con prontitud, ya aleccionados ellos en Westondale, verificaron la operación de deshinchar, atar los remos, envolver en el caucho fláccido piedras y hundir el bote en el charco de cinco metros de profundidad.

Bruni Ingeborg a punta de cuchillo trazó una letra en la corteza del arbusto más próximo al charco. La pudieron leer los tres acompañantes, porque destacaba la blanca hendidura en la negra corteza. Una «Y».

Se internó ella en el estrecho sendero, remontando entre tupidos matorrales, brezos espinosos y arbustos silvestres. En fila india, seguían Gilroy, Norman y Banister.

Caminaron en silencio más de una hora, en constante obscuridad, y temiendo a veces Gilroy que Bruni Ingeborg se extraviara.

Empezaba a clarear cuando se detuvo, proyectando bajo la lona que llevaba a modo de peto, la linterna sobre la muñequera en cuyo cuero se incrustaban, reloj, brújula y goniómetro.

Una manecilla giró hasta inmovilizarse, y buscó con la mirada la referencia de orientación, poniéndose de nuevo en camino.

Se teñía de gris el contorno de un establo próximo cuando Bruni Ingeborg señaló un tronco resquebrajado, que mostraba huellas del hachazo fulmíneo de un relámpago.

Penetró ella por la hendidura, desapareciendo en su interior. Se asía a retorcidas raíces, que más hondo, la concavidad artificial sustituía por peldaños de hierro en vertical escalera.

Casi un pozo, pensó Gilroy, contando los peldaños que iba pisando. Cincuenta y tres, antes de tocar tierra firme, y ver luz.

Luz de cuatro linternas en cada esquina de la rectangular estancia con una galería lateral, semejante a túnel minero.

Cuando Banister, el último, pisaba la estancia, desnuda de todo mueble, habló Bruni, y su voz resonó opaca en la cóncava oquedad:

—Debe ser delicioso para los fumadores poder encender un cigarrillo tras horas de abstención. No, gracias. Nils… Ahora, antes de

ir al lugar en que espera Hans Dietel, concretaré todo cuanto me fué dicho en Westondale. Para empezar, me complace ver que nos han precedido sin contratiempos los dos grupos de Hans Dietel y Franz Stiler.

Alex Gilroy alzó la mano, como un colegial disciplinado.

—Pido la palabra como aprendiz de comando y detective indiscreto, mi capitán. No veo por qué mágica deducción has llegado a esta complacencia por la llegada feliz de dos grupos.

Apuntó ella con el índice hacia el tercer peldaño vertical.

—Una cinta azul a la izquierda, significa que Franz Stiler y sus catorce compañeros habían pasado por aquí, sin bajas. La cinta amarilla a la derecha, significa lo mismo con respeto a Dietel, y sus catorce acompañantes. Tenían por misión actos de sabotaje, pero en caso necesario, el grupo mandado por Hans Dietel nos abrirá paso si es preciso recurrir a la violencia. Prefiero primero emplear la astucia femenina. Al extremo de aquella galería, se halla el carro de transporte de pescado, en el que Hans Dietel, vestido como nosotros, nos conducirá a la casa de pescadores de la ribera de Fossborg. Los demás que nos precedieron están distribuidos en otras casas. Antes de reunirnos con Hans, y puesto que hemos conseguido media hora de ventaja sobre el horario señalado, echemos ya a suertes las parejas.

—¿Para qué rigodón? —inquirió Banister.

—En previsión de que cayéramos los cuatro en emboscada, o en escaramuza, tengo orden de que la suerte decida quiénes de nosotros formarán la pareja de primer intento. Si fallasen los dos primeros, los otros dos procurarán tener más suerte. Yo quedo eliminada del sorteo, formando en el primer intento — sonrió ella.

—La antigüedad en astucia y méritos es indiscutible. Yo estimo que en mi calidad de detective, poseo la suficiente astucia…

—Por suertes, Alex — sonrió ella, sacando una moneda noruega —. Tienen también astucia nuestros compañeros Nils y Ralf. Alfabéticamente, te toca entrar en juego con Nils, Alex. ¿Qué pides, Alex?

—Ser tu sombra constante, mi capitán.

—¿Qué pides, Nils?

—Si sale cara, voy contigo, Bruni.

—Si sale cara, volverá a saltar la moneda entre tú y Ralf, y quedas para segunda expedición, Alex.

—Brazos cruzados, tras un viaje tan complicado, es absurdo.

—Con el grupo de Dietel, no podrán estarse brazos cruzados los dos que queden. ¡Va!

La moneda giró hacia lo alto, recogiéndola entre sus dos palmas Bruni, que chocó la moneda contra el dorso de la zurda.

—Cruz. Primer asalto a tu favor, Alex. ¿Qué pides, Ralf?

—Cara.

La moneda giró, fué aprisionada, y al mostrarla ella, dijo Gilroy:

—La suerte te es propicia, Ralf.

—Desde este instante, es Hans Dietel el que da órdenes, Nils. Y en caso de morir Hans, tú tomarás el mando del grupo suyo, Nils. Faltando tú, te reemplazará Alex. ¿Te molestará atender mis indicaciones, Ralf?

—A la orden, Bruni.

Indicó ella la escalera vertical.

—Entre el peldaño cuarto y quinto, encontrarás un cuadro de color más claro que la roca. Abre, y empuja la palanca larga.

Obedeció Banister, y al empuje de la palanca respondió un susurro en lo alto del pozo de descenso. Explicó ella:

—Quien ahora se asome para mirar el interior del tronco, sólo verá un círculo de hierbajos y raíces. Podemos ir al encuentro de Hans.

La galería, con ramificaciones, fué seguida laberínticamente, hasta que Bruni Ingeborg golpeó lo que parecía pared de ladrillos.

Un panel giratorio permitió la entrada de aire y luz de la mañana lluviosa. Restos de cantera abandonada, atravesada por camino de carros.

Y un carro de pescadores, esperando, cargado de cestas desprendiendo olores salobres.

Hans Dietel, bajo y rechoncho, rostro bobalicón, pulsó el resalte que volvía a cerrar la salida, y se limitó a dar un manotazo poco galante en el hombro de Bruni. Un manotazo elocuente de afecto viril.

Y se dirigió sin pronunciar palabra hacia el carro, cuyo alto pescante delantero ocupó.

—Tú atrás, Nils. Tras el pescante delantero, Alex. Conmigo, Ralf.

Apenas instalados, hizo restallar la correa retenida por su muñeca, Hans Dietel. El carro, tirado por dos caballos de corta alzada, abandonó la cantera, girando para penetrar en carretera de descenso hacia el arrabal pesquero en Fossborg.

Sentada entre Dietel y Banister, inquirió ella:

—¿Todo fué bien, Hans?

—Un verdadero cuento de hadas, gracias a que los Gestapo que nacieron noruegos, son estúpidos asnos indecentes. Te alojarás con tu compañero en la casa de Marvok. Los demás seguiremos hasta el establo de Gründe. ¡«Ahiáá, ahiááá»!

Era el modo de animar a sus caballos, que empleaban los pescadores transportistas. Pero en voz baja, expuso Bruni:

—Si nos hace señal de parar el patrullero, somos pescadores poco habladores, Alex. Lleva Hans la documentación de la familia Marvok.

Una furgoneta acababa de detenerse a veinte metros, en la

carretera, y de ella descendieron cuatro individuos con uniforme azul y brazal plateado. Gestapo noruega.

Uno de ellos, adelantándose, terció ante el pecho la metralleta. Los otros tres se abrieron en abanico a dos pasos tras él.

En la furgoneta, quedaba invisible la ametralladora fija, cuyo cañón giratorio asomaría por el sitio más propicio, al descorrerse la arpillera metálica.

—En caso de jaleo, empujad de espalda y volcaos atrás — canturreó Hans Dietel, cuya cara expresaba un estado cercano a la idiotez, y que al frenar tirando de riendas, en pie, siguió canturreando las palabras de una canción pescadora.

—Buenos días — ladró el primer policía de la ambulante patrulla, llamada «Reparto Calentito», por el inquebrantable humor popular —. ¿Procedencia?

—Flotilla Bergen, familia Morvak, señor teniente.

El cabo, manteniendo ante el pecho la metralleta, con el índice en el arco del gatillo, desde la distancia de cinco pasos, exigió:

—¡Sello de paso del control rutero, Morvak!

Hans Dietel dejó colgar la correa hacia fuera, a un lado, señalando la chapa metálica que llevaba un papel adherido, con el sello falsificado, pero clarísimo en su perfecta imitación.

Desde la cuneta, el patrullero que no había hablado, dió dos pasos, encañonando hacia las cestas. Gritó:

—¡Sello en orden, mi cabo!

Alex Gilroy, por las aberturas laterales del chaquetón de cuero, había tanteado a la derecha la culata de la pistola ametralladora.

Por trayectoria le pertenecía el Gestapo a la derecha de la carretera y los neumáticos delanteros de la furgoneta.

Iba a alzar la mano en señal de paso libre el cabo, cuando truncó su ademán, pegando palmada bajo el cañón, enhiesto de pronto hacia Ralf Banister:

—¿Cómo te llamas tú, botarate?

—Morvak, mi teniente — contestó Banister, con ceñuda expresión respetuosa.

—¿Naciste en Bergen?

—En Fossborg, y hace ya treinta años con dos meses, mi teniente.

—¡Tu, mequetrefe! ¿Quién eres?

Bruni Ingeborg, arrebolado el rostro sin pintar, contestó con timidez de adolescente:

—Morvak, mi teniente. Pero nací en Fossborg hace veintidós años con seis meses y…

—¡Venga! ¡Llevaos ya el apestoso botín! — rió despreciativo el jefe patrullero.

Alex Gilroy reía silenciosamente, y dedicó un guiño hacia atrás.

Nils Korman, en pie sobre el pescante posterior, tenía la hierática flema de un hombre de mar, adusto y poco dispuesto a familiaridades.

De pronto, al ir a levantar la correa, soltando las riendas, Hans Dietel percibió al mismo tiempo que Gilroy y Banister, el peligro.

El cabo, distendidos ya los músculos al igual que los otros dos, dejaba pasar, apartándose a un lado; pero el patrullero que había examinado la chapa con el sello de permiso, acababa de respingar al mirar hacia Korman. Y abrió la boca… para gritar:

—¡Korman, el policía! ¡Le conozco!…

Hans Dietel pegó, al estilo de un caballo, un patadón, que fué coz derribando el pescante, y voltearon Bruni y Banister.

Ametralló Korman a su delator, ametralló Gilroy sus dos primeros objetivos, y Hans Dietel balanceó el brazo derecho…

El cabo se arrojó al suelo, alzando el cañón del ametrallador. Una línea negra chamuscó su frente y ojos, bajo el casco…

La furgoneta, deshinchados los neumáticos delanteros, se convirtió en repentino volcán, en cráter estallando triturado…

La granada arrojada por Dietel contra el parabrisas, atravesó el cristal antes de reventar…

Nils Korman alzó el cañón de su pistola, cuando Gilroy seguía aún disparando a diestro y siniestro, hacia los cuatro patrulleros, moribundos.

El carro, arrancando al galope, devolvió la serenidad completa al detective, y fustigando los caballos, en pie, gritó Dietel:

—¡Seis menos! ¡Ni supieron apretar el gatillo!

Traqueteando el carro, abandonó la carretera para internarse campo a traviesa, en tierra de labor, hasta que se inmovilizó entre altos juncos.

Hans Dietel se volvió sonriente:

—Es un placer viajar con campeones de tiro.

—Y con lanzadores de bombas tan oportunas — asintió Bruni —. Por un momento creí que te habían herido, Hans.

—Uno consiguió disparar, pero a ras de tierra. Lo atinó este chato.

—Este chato se llama Alex, terrorista. ¿Vamos a desayunar entre la hierba?

—Dependerá de hacia donde vayan aquéllos.

Saltó Dietel abajo y, seguido por los otros, llegó al linde de los juncos.

El ruido creciente precedió a la aparición de otra furgoneta idéntica a la destrozada. Frenó con estrépito, y bajaron cuatro patrulleros, encañonando a todas partes. Uno de ellos, con el pie, empujó uno de los cadáveres, haciéndolo rodar hasta la cuneta.

Otro fué recogiendo las armas y cintos, llevándolos a la furgoneta

útil. El que los dirigía miró en torno, con lentitud. Después, apuntó en dirección a la carretera, hacia el norte.

Volvió a arrancar la furgoneta llevando en cada estribo a un patrullero.

Al este de la carretera, entre los juncos, dijo Dietel:

—O somos muy listos, o son muy idiotas. Estuve por llamarles. Ahora llegarán hasta el otro control, y cuando vuelvan estaremos ya desayunando. El pepinazo los atrajo, y ya no hay peligro.

Volvieron a ocupar sus sitios anteriores, y el carro dió la vuelta hasta pisotear los mismos juncos, atravesar la tierra arada, y cambiar el traqueteo por el deslizamiento en la carretera.

—Tienes amigos cariñosos, Nils — dijo Gilroy.

—No le reconocí hasta que me miró fijamente. Se llamaba Bernstein. Eres fantástico, Hans. Ha de ser difícil lanzar tan certeramente una bomba.

—El truco es sencillo — explicó teóricamente Dietel —. Cuando se empieza una charla poco satisfactoria, es preferible llevar dentro del puño, el «pimiento». No es mayor que una pelota de ping-pong, pintada de rojo. Y con el entrenamiento, resulta sencillo, calcular que si una furgoneta está a menos de veinte metros, puede uno hacer saltar el «corcho» con cinco segundos de tiempo a favor. Es el tiempo que tardó el pimiento en besar la furgoneta. El percutor choca con una mezcla por partes iguales de «inflamable» y «nitro» solidificada. Al salir de Westondale, cada uno de nosotros recibimos por bigote diez «pimientos», metidos en cinto protector. ¡Ah, ah!… ¡Mi adorada aldea pesquera!

Un ramal de carretera descendía hacia un centenar de casitas, escalonadas en tres hileras, sobre la ribera de los transportistas.

—Saltaréis ante la primera casa del puente blanco, Bruni. El policía Norman y tú, Alex, seguiréis conmigo hasta el establo. Nada de despedidas, ya que cuando menos nos lo pensemos, volveremos a reunirnos.

Gilroy aplicó su diestra en el hombro de Banister.

—Tú me respondes de nuestra capitana, Ralf. Suerte.

Nils Norman trató de sonreír cuando, volviéndose, le envió un beso con los dedos Bruni Ingeborg. Atravesado el puente, aminoró la marcha Dietel, y saltaron ella y Banister…

El carro continuó por la empedrada calle. Alex Gilroy fué al pescante posterior, pisoteando el pescado de varias cestas.

—El trato fué ser comando de cuatro, Nils. Pero se trata de estudiar el terreno, y ella volverá a formar el cuarteto. Pudo besarte, ¿no?

—No lo hizo, porque… ¡no se hubiera ido, si me besa!

—¡Vaya, vaya! Un romántico, mi buen amigo Nils. En esta

organización de lanzadores de pimientos y campeones de tiro, hay un fallo, Nils.

—Vernos lejos de Bruni.

—Yo soy un comando libre, que vino como detective. Y te garantizo, que me pondré de acuerdo con el sembrador de pelotas de ping-pong; pero no quiero perder de vista a Bruni.

—¿Por qué no quieres perderla de vista?

—Vestir como pescador de carro, te hace estólido, policía Nils. Si yo vine a saber quién era Gunther y no a repartir pimientos, y Bruni, con Ralf, se dispone a estudiar el mejor modo de llegar hasta los archivos, ¿qué hago yo aquí oliendo a sardinas y besugos?

—Dietel manda.

—En ti, que eres un comando con toda la barba. En mí manda el detective. Verás cómo convenzo a Hans. Tengo un argumento infalible.

El carro entraba en un establo cuya puerta acababan de abrir dos pescadores tan legítimos como los que entraban.

—Descargando las cestas de arriba, compañeros, y llevándolas a la Lonja — dijo Dietel —. ¿Todos bien repartidos los demás?

—Al pelo — contestó uno de los comandos, amontonando encima de una carretilla de mano cestas que le entregaba el otro.

Hans Dietel aceptó el cigarrillo que ofrecía Gilroy, procedente de las cajetillas de tabaco noruego, facilitadas en Westondale.



Bruni Ingeborg a punta de cuchillo...

—¿Mandas algo, Hans?

—Por ahora, no hay nada que tenga que mandar a nadie, Alex.

—Entonces, voy a investigar por la aldea.

—Con una carretilla y doce cestas de «langstorn», investiga lo que quieras, acompañado de Korman. Pero a las once, aquí.

—Gracias por tu generosa ración de libertad. Ya ves… Nunca se me ocurrió seguir una pista empujando una carretilla. Buena idea.

XI

La estancia era clásicamente el «para todo» noruego. En el centro de la viga, colgaban cadenas para que los garfios sostuvieran ollas sobre el fuego central.

Los troncos eran el contrafuerte de las paredes, y la madera alisada formaba los compartimentos con bancos, que eran comedor, alcobas de invierno y salón de estar.

Cada compartimento con cama-litera en alto, tenía medio barril equivalente a lavabo. Junto a las brasas del centro, había una cafetera, olla de leche y hogaza de pan. En una mesa rústica más alejada, mantequilla, queso, arenque ahumado, aguardiente y pasteles de pescado.

Cerrando la puerta, hasta entonces entornada, se dirigió Bruni al hogar central, quitándose el gorro pescador.

—Tengo apetito, Ralf. Será absurdo, pero me emociona siempre un hogar noruego, donde lo moderno no existe. Te serviré yo.

Ralf Banister, quitándose el chaquetón, lo colocó sobre la mochila, en el suelo, al lado del banco, en el que dejó la metralleta.

Encontró sabroso el desayuno, que ambos consumieron en silencio. Y al encender un cigarrillo, inquirió:

—¿Los Morvak?

—Esta misma madrugada abandonaron su casa. Volverán a ella cuando ya no estemos nosotros. Unos días, unas semanas… Lo antes posible. Y ahora te expondré mi plan. Tú eres Ralf, Ralf Morvak, mi cuñado. Yo pediré audiencia para ser recibida por Olaf Krusberg.

Ralf Banister miró alarmado a la pelirroja:

—En su archivo secreto, Olaf ha de poseer tu ficha completa.

—Bruni Ingeborg, morena, cejas depiladas… Así fui hasta hace dos semanas. No te puedes figurar lo que cambia un peinado, un toque de lápiz, un diferente modo de maquillarse… y, por encima de todo, el luto. Allí encontrarás varias canadienses. Alguna será de tu talla. Son de la familia de los pilotos Morvak. Hasta media tarde, no saldremos hacia la capital, Ralf. Creo que dormiremos bien, en cama que no se mueve, y en este silencio.

—Hablaste de un luto.

—El que llevo por mi marido, el piloto Talberg. Te lo explicaré luego, cuando me despierte. Estoy cansada… Podemos dormir tranquilamente, porque hay suficientes comandos vigilando en la aldea. Y hemos de estar muy despiertos esta noche, Ralf.

Desapareció tras el tabique de un compartimento, después de asomarse a dos. Ralf Banister, recogiendo mochila y metralleta, se dirigió a otro de los compartimentos alcoba, alejado del elegido por Bruni Ingeborg.

Tardó en dormirse…

Le despertó un rumor de agua, y frotaciones jabonosas. Bostezando, se aproximó al barril, hundió las manos, y pasó repetidamente el agua fría por su nuca.

Lejana, pero audible, oyó la femenina voz:

—Buenas tardes, Ralf. ¿Dispuesto para visitar Oslo?

—Con gran placer.

—Encontrarás boinas con galón marinero en el armario de los Morvak. Y canadiense holgada, que te permita llevar oculta la pistola. Para este paseo de tanteo, no podemos llevar metralleta. Iremos al «Salón Ancora».

—¿Tienes conocidos allí?

—Es donde han visto últimamente a Zoe Krusberg. Y también va allí Gösta Nielsen. Lo siento, cuñado, pero si me comporto algo ligeramente, no te escandalices.

—Según y cómo, Bruni.

—Desde ahora soy tu cuñada Lorna Talberg. Me haces una corte discreta, pero pierdes el tiempo. Me gustan los hombres del tipo bestial, como Nielsen, Bruster, Larson…

—Suponiendo que logres audiencia de Olaf, por conducto de uno de esos bestias, no veo lo que conseguirás.

—Olaf tiene dos puntos débiles: la música quejumbrosa… y las enlutadas. Una mujer bonita, y perdona Si me consta que lo soy, le merece gran atención si, además de vestir luto, es rubia o pelirroja. No concede atención a las morenas.

—Debe ser un demente este Olaf.

—No lo es. Ni siquiera tiene esta excusa. Se imagina ser un Nerón redivivo.

Ralf Banister probó dos boinas. La tercera le sentó bien.

—De todos modos, sigo sin adivinar tus propósitos.

—Lograda audiencia, en petición de recompensa por mi marido fallecido en acción de guerra al servicio de la Kolossal Komandatur, empleo mis dotes especiales de gazmoña honesta. «¡Ah, no, señor Olaf! Yo no soy una mujer mala»… En fin, creo que el imaginativo Olaf, me concederá una segunda entrevista, porque sabré sortear el primer fuego. Y si mis femeninas dotes fallan, se recurrirá al asalto en bloque. Pero primero, he de emplear el arma eterna: seducción. Con la ventaja de poseer la ficha sensorial de Olaf el lúgubre monstruo.

Anudó Banister el cinto de su canadiense, contemplando a la que, yendo hacia el hogar, acercaba a las brasas un haz de sarmientos.

Una viuda, sin velo aldeano, rutilante el rojizo cabello desparramado. Provocativa, sin la menor pintura. Blanco el rostro, casi marmóreo.

Ralf Banister experimentó molestia…

—No puedo consentir, Bruni.

—¡Lorna, querido! Lorna Talberg. No has de temer por mí. Amansé fieras más complicadas que Olaf. Por Noruega, me convertí en vampiresa accidental, aunque creo que dormía la vampiresa en mi intimo ser.

—Será imaginación, pero hasta tu modo de vestir me impresiona desagradablemente.

Se examinó ella, desde los zapatos de alto tacón hasta los grandes botones de su vestido, cerrado en cuello camisero.

—¿Tan deplorable es mi aspecto, Ralf?

—Si fuera posible, diría que acumulas mayor seducción, con tu aparente sencillez, que es un prodigio de perversidad. Pero el luto… puede ser mortaja tuya, Lorna Talberg. Y si hay algo que no tolero, es pensar que va a morir una mujer bonita, una obra de arte como tú…

—Gracias por el madrigal, y ahora nos conviene merendar. Eres demasiado impresionable, Ralf. Prescinde de presentimientos. Tú sabes que soy Bruni, pero para Olaf seré Lorna Talberg. Si en el «Ancora» consigo ver a algún bestia al servicio personal de Olaf, y te abandono, volverás aquí. Si yo no he regresado a medianoche, entonces busca a Hans. Nada más.

Imperiosamente amable, guiñó ella, empezando a comer. Diez minutos después recogía un amplio abrigo negro, raglán, que se colocó ciñendo el cinto.

Afuera oscurecía. Cubrió sus cabellos con pañuelo de cuadros negros y blancos, anudándolo bajo el mentón y, apoyada en el brazo de Banister, comentó:

—En la plaza hay coches de alquiler. Darás la dirección del «Ancora». Cuando Noruega era libre, se llamaba «Crystal Palace». Hoy sólo van allí los que están seguros de merecer la aprobación de los colaboracionistas. Nadie sin documentación entra en el «Ancora». Esta es la tuya, Ralf Morvak.

Los que transitaban eran pescadores, a los que una pareja de «capitalinos» no llamaba la atención. Era un sitio típico y propicio para enamorados el arrabal pescador de Fossborg.

En la plaza había tres coches parados, eligió ella un turismo «D. K. W.», cuyo chófer tiró la colilla al subir ella y Banister.

—«Ancora» — dijo él.

—¿Aprisa o al mínimo de velocidad, caballero? — quiso saber con grave diplomacia el conductor.

—La virtud está en un justo medio — rió ella.

El chófer corrió el cristal de separación aislándose. Ralf Banister sonrió con melancolía.

—Nuestra amada Noruega… ¿Te conoce Zoe Krusberg?

—No mucho. Iremos al bar náutico, desde donde se ve

perfectamente la sala principal. Si te abandono y bailo con quien sea, regresas a casa de los Morvak. Me acompañas únicamente porque una mujer sola no puede entrar en el «Ancora», salvo ser conocida.

—Tú mandas, pero hubiese preferido la violencia activa a una pasiva tarea de contemplación.

—No despedirás el coche, que cobrará igual por la carrera. Una hora. Es el tiempo máximo que lo harás esperar, Ralf. Si encuentro un caballero invitador, regresa a casa. Me perjudicarías siguiendo allí.

El chófer aparcó en Tientz-Place, disponiéndose a dormitar filosóficamente. En la acera principal, Banister comprobó que la seducción de Bruni Ingeborg era extraordinaria.

Y en el bar, decorado con motivos marineros, desprovista del pañuelo y abrigo, «Lorna Talberg» superaba a la fascinante pelirroja conocida en Nueva York.

Abundaban los uniformes azules con galón plateado, y los oficiales de la armada colaboracionista. Era difícil distinguir la dama de la aventurera, porque en distinción se igualaban.

Mediado el saboreo de la «escarcha de los fiordos», dijo Banister:

—Un boxeador del tipo bestia está tomando tus medidas.

—Déjale al pobrecito. Queda eliminado de la competición — rió ella, serenamente —. Debe ser un pugilista sin maldad, pero no puedo dedicarle mi atención. ¿Cómo dices, Ralf? No, no… No me importa que me dejes sola. Hasta luego, Ralf.

Banister se levantó para, maquinalmente, besar la diestra, que ella tendía en gesto risueño.

El atlético Nielsen iba todas las tardes libres, de cinco a siete, al «Ancora». Era su tarde libre…

Llegaba Banister a la calle cuando Bruni Ingeborg devolvió amablemente el saludo a Gösta Nielsen, arrogante en su uniforme azul.

—Buenas tardes, y pidiendo mil excusas, señora… ¿No es usted la señora Sandra Muller?

—Por ahora, no, señor. Me llamo Lorna Talberg.

—¡Mil perdones! Es asombroso su parecido… Permítame presentarme, si no lo juzga inconveniente. Gösta Nielsen, servidor de usted

—¿Emplea con frecuencia este recurso, señor Nielsen?

—En rarísimas ocasiones justificables. Si el caballero que la acompañaba no ha de sentirse molesto al regreso, ¿puedo sentarme?

—Mi cuñado no volverá. ¿Es usted fuerza de choque?

La conversación fué banal, hasta que Nielsen dijo:

—Es la primera vez que la veo por aquí, Lorna. ¿Sabe quién soy?

—Gösta, hombre de confianza del Komissar Krusberg.

—Exacto. Y con influencias.

—Tengo derecho a una pensión, que me es discutida. Consígame audiencia del Komissar Krusberg, y empezaré a creer que usted tiene un gran atractivo. No es preciso que se acerque tanto… Me queda muy poca silla, y tendría que ponerme en pie. Me complacen los caballeros viriles, pero correctos… hasta un mejor conocimiento.

Cinco minutos después, oída la verdadera historia de la viuda Talberg, Gösta Nielsen estaba dispuesto a un «mejor conocimiento».

—Mañana, a las cinco de la tarde, la recibirá el Komissar.

—Son las seis menos diez. Demuestre su influencia, Gösta. Mañana, tal vez por otro conducto, me consiga yo la entrevista.

Gösta Nielsen se levantó.

—Unos minutos, por favor.

En la cabina telefónica marcó el número que daba derecho a inmediata comunicación preferente. Chocó los tacones, al informar:

—La señora Lorna Talberg, viuda de un oficial muerto gloriosamente, solicita audiencia, señor. Tengo el convencimiento de que miente con inteligencia. Es pelirroja teñida, y lleva luto. Despidió al hombre que la acompañaba, y que dice ser su cuñado, apenas me vió mirarla. Y no es una vulgar mariposa de bar.

—…Progresas, Gösta. Tráela al instante. Pero dile que es posible que no la reciba; pero que lo intentarás… Aguardo.

Gösta Nielsen vino a comunicar:

—El Komissar tiene audiencias concedidas hasta las ocho; pero podemos sobornar a mi amigo Bruster. A veces, un cambio de volantes… Tengo el coche a su disposición, Lorna.

—¿Conduce usted?

—Sí.

—Entonces, me sentaré atrás.

—Me resignaré en espera de mejor ocasión.

Sentada atrás, Bruni Ingeborg no experimentaba la menor sospecha. Nielsen no tenía fama de inteligente, y sí de mujeriego. Pero ignoraba que, por cierta sorpresa inesperada, que pudo resolver a su favor, Olaf Krusberg había dado a sus tres escoltas la misma orden: entablar conversación con cualquier rubia o pelirroja enlutada.

El espionaje británico era bueno; pero el «S. K.» procuraba estar alerta a todas las contingencias.

La Verja se abrió, saludando los guardianes al paso del coche conducido por Nielsen. Bruni Ingeborg esperó en el saloncito donde sólo había un hombre, con aspecto de profesor distraído.

Que se levantó a los cinco minutos, saludando ceremoniosamente, y que pasó a otra sala. Se caló mejor las gafas, para hacer girar un fichero rotativo, que detuvo en la letra «I».

Extrajo la ficha con tras fotografías, y la tendió a Nielsen:

—No me equivoco al afirmar que gracias a mis conocimientos de

ciencia fiso…

—¡Al grano, profesor! — atajó Nielsen, impaciente —. Bruni Ingeborg.

Gösta Nielsen hizo uso del teléfono interior para llamadas urgentes.

—…La viuda Talberg ha sido reconocida por el profesor como Bruni Ingeborg.

—…Trae la ficha, y vuelve a invitar a la viuda Talberg. Has conseguido que sea recibida la viuda Talberg.

Bruni Ingeborg, al entrar en el despacho, de severo mobiliario, era la personificación de una viuda resignada a no ser llorosa.

—Buenas noches, señora Talberg. Siéntese. He compulsado el historial de su difunto, y acepte mis condolencias. Tengo entendido que le es discutido el derecho a pensión. Perdone un instante, señora Talberg.

Sentándose, cogió Olaf Krusberg el teléfono, inexpresivo el rostro.

—…Komissar Krusberg. Hablen.

—…Gunther a sus órdenes, señor. Nielsen le presentará una falsa viuda, llamada Talberg. Es Bruni Ingeborg. Le ruego la despida concediéndole audiencia para mañana.

—…Me temo que hay una confusión, ya que no es mi propósito abandonar una seguridad por una eventualidad, mi querido amigo.

—…Presa, pierdo yo contacto con los terroristas al mando de Hans Dietel, que esta madrugada aniquilaron un coche patrulla, en la milla sexta de la carretera de Fossborg. Ella ha de reunirse conmigo…

—…Perdón, pero ha olvidado usted darme su contraseña especial.

—…«Zurdo, cefalalgias, aspirina cuatro, ginebra y té», señor. Si Bruni no regresa antes de la medianoche, los dos grupos mandados por Stiler y Dietel, se esfumarán.

—…Comuníqueme dónde se bailan actualmente.

—…Lo ignoro, señor, ya que es Bruni mi enlace con ellos.

—…Trate de averiguarlo. En algo hemos de ver que es usted nuestro gran agente. Le quedan aún seis horas. Recuerdo una ocasión en que su amiguita circunstancial se esfumó incomprensiblemente. No se repetirá. Antes de seis horas, me informará. Buenas noches.

Ahorquilló Olaf, para excusarse:

—Perdone la incorrección, señora Talberg. Hay momentos en que me agobia el ajetreo inherente a mi difícil cargo. Es una lucha artera, sin misericordia. ¿Es incómodo ese sillón, Bruni Ingeborg?

La pulsación de un resalte bajo el borde de la mesa, produjo un efecto inesperado. Del respaldo en que se reclinaba Bruni, surgieron, en chasquido seco, tres brazos metálicos, enlazando los hombros, cintura y muslos de la audaz aventurera.

—Volveré a oírla dentro de unas horas, capitán Ingeborg. Su

atracción sensual es superada por su necia confianza en sí misma. No soy un noruego estulto, mi preciosa Bruni. El profesor la conducirá hasta una celda especial. No se preocupe por el sillón, Bruni. Dispongo de seis modelos idénticos. ¡Fuera, profesor!

El sillón, provisto de ruedas, no transportaba a una inválida, sino a una audaz aventurera que empezaba a lamentar el exceso de confianza en su seducción.

Olaf Krusberg pulsó un timbre, y al aparecer Heinz Bruster, dijo:

—Despide a los que esperan, Heinz. Un momento, mi buen Heinz. Tienes pendiente una información. ¿Quién le dijo a la señora Zoe que Janis estaba en la celda uno?

—El agente Singerman ha visto a Gösta Nielsen, esperando a las cinco en punto en Rotter Strasse. Bajó del coche y subió en el de la señora Zoe. Diez minutos después, bajaba Nielsen del coche de la señora Zoe, y en el suyo, iba al «Ancora».

—Muy bien, mi querido Heiz. Los ahorros acumulados por Nielsen, son tuyos. Despide a los que esperan, y tienes tiempo suficiente para que, sin molestias, quede Nielsen sujeto en alto por los pulgares, en la celda nueve. A la vista, Singerman, vigilando las posibles fracturas de todos los dedos de Gösta Nielsen.

A solas, Olaf Krusberg aspiró el denso perfume de jazmines que emanaba del frasquito de cristal y arabescos de oro, alineado con otros seis idénticos en estuche negro.

Era bonita Bruni Ingeborg. ¡Lástima que fuera otra estúpida creyendo en el imposible triunfo de las razas débiles!…

XII

Ralf Banister, abandonando el «Ancora», iba a llamar el taxi en el que había venido acompañando a Bruni Ingeborg, cuando se detuvo.

Dijo rápidamente:

—Vaya a su coche, Zoe. Puede haber algún resistente espiando.

Zoe Krusberg se dirigió a su coche, y Banister comprobó que el chófer del «D. K. W.» continuaba con la nuca sobre el respaldo y la gorra sobre la cara.

Se instaló junto a Zoe Krusberg, que pisó el acelerador:

—Buenas noches, Gunther. Era preciosa la muchacha que te acompañaba.

—Sí, mejorando lo presente. Acabo de comunicar con Olaf.

—Y permitiste que Nielsen se llevara a tu pelirroja.

—Ella prefiere a los brutos con músculo.

—¿Te acuerdas de Janis?

—Encantadora muñeca.

—Olaf piensa valerse de amenazas contra la vida de Jerholm para obtener de Janis un informe sobre la llegada de treinta terroristas.

—Olaf domina el arte de explotar los sentimientos.

—Tú fuiste un hombre agradable, Ralf.

—¿No lo soy ya?

—En otros tiempos no hubieras permitido que una obra de arte, son sus palabras, una mujer exquisita como Janis pudiera ser torturada. He sabido que Jerholm ha muerto…

Ralf Banister encendió un cigarrillo. Exhaló una bocanada:

—Janis es tu hermanita.

—Si Olaf tortura a Janis…

—No tendrá motivo, puesto que yo puedo comunicarle dónde están escondidos los treinta resistentes. Casi puede decirse que fueron mis compañeros de expedición.

—¡Ah!… Entonces, cuanto antes evita que una obra de arte perezca, y que yo… cometa un acto definitivo. ¿Cuándo podré verte con menos inquietud, Ralf?

Ralf Banister, fruncido el entrecejo, susurró:

—Mi ferviente deseo es que si me recuerdas, pienses siempre en el hombre agradable al que distinguiste con tu sincera amistad. Olvida a Gunther… Recuerda sólo a Ralf Banister. Déjame aquí mismo.

Frenó ella y, antes de descender, se inclinó Banister, besando la muñeca derecha de Zoe Krusberg.

—Adiós, Zoe. A propósito… Yo de ti, me marcharía de Noruega. Murió Magnus… por orden de Olaf. Y murió atrozmente torturado, pero valientemente desafiante, el capitán Lars Hanson. No hay razón para que sigas en Noruega sometida a vejaciones… Ni para que pienses vengarte, . Déjame a mi este honor. Adiós, Zoe.

Había sido muy agradable Ralf Banister, pensó ella con lágrimas en los ojos. Su corazón le había advertido que Lars Hanson había muerto, pero quiso creer en la promesa de Olaf…

Era horrible que la «canción de la metralleta» hubiera convertido en implacable al Komissar Olaf…

Ralf Banister despertó al chófer, sentándose a su lado:

—Vuelva a nuestro punto de partida, Franz Stiler.

Respingó el chófer, pero sin que el volante acusara su sobresalto.

—¿De qué me conoce usted?

—Eres un hombre famoso, un as del lanzamiento de pimientos y toda clase de proyectiles. En el «Savoy» de Londres te vi pavonearte merecidamente. ¿Viste salir a Bruni?

—No tengo orden de seguirla a ella, sino intervenir en el caso de que ella me hubiese requerido. No me pidió intervención. ¿Quién eres

tú?

—Ralf Banister, el conferenciante, recaudador de fondos para Noruega Libre.

—Un intelectual, ¿eh? Celebro conocerte. Yo tengo que seguir en el coche, mientras no mande otra cosa Bruni. Cuéntame qué tal se vive en las altas esferas intelectuales.

Al llegar a la plaza del arrabal pesquero de Fossborg. Ralf Banister, antes de bajar, manifestó:

—Bruni no volverá esta noche. Reúne a tus hombres y dile a Hans Dietel que le espero en casa de Morvak. Que venga con Alex y Nils.

A pie se alejaba Banister cuando se volvió, reconociendo en el que corría a Alex Gilroy:

—«Walkomen. Alex». ¿Venías en el coche que seguía al conducido por Stiler? No te he visto una sola vez, pero posiblemente vigilabas por Bruni, y tu amigo Ralf. ¿Has conocido nunca esta sensación llamada cansancio de alma? Me abruma, y la hubiera sobrellevado si, a la muerte de Sonia Brendel, no hubiera visto a Bruni Ingeborg yendo a la muerte peor para una mujer… Está, además, Janis…; una exquisita muñeca… Creo que antes de hablar con Nils Korman y Hans Dietel, podemos charlar tú y yo, al amparo de este emparrado. Posiblemente en este banco se han sentado personas ahítas de ser una pieza dotada de mecanismos inteligentes y ambiciosos… ¿Te aburre mi charla, Alex?

—La estimo altamente instructiva, Ralf.

—En Londres, hace cierto tiempo, recibí una visita. Yo era un erudito pobretón, distinguidamente pobretón. La visita era un agente del «S. K.» No me habló de riquezas, ni poderío. Me habló de lo inteligente que yo era. Sólo después me habló de celebridad, hoteles lujosos, cuenta corriente, poder publicar por mi cuenta libros técnicos. ¿Te gusta dar golpes de teatro, Alex?

—Siguen gustándome; no lo puedo remediar, Gunther.

Ralf Banister rió suavemente. No miraba al detective.

—No es preciso que estropees la tela de tu bolsillo, Alex. Comprenderás que no es tu pistola la que me hace hablar. Es… el cansancio de mi alma. He viajado, tengo cuenta corriente, y si fuera un iluso, creería que el futuro con el triunfo ario me daría una plaza de rector de universidad, o de jefe superior de policía, departamento de espionaje. Pero me molestó mucho que matasen a Sonia Brendel, en acción por completo ajena a mis instrucciones. Ya no era, pues, el famoso Gunther, jefe del servicio extranjero, sino un títere más. Yo maté a Magnus, con inteligencia. Pero la muerte de Sonia Brendel, fué obra execrable, de otro grupo. Me humilló… ¿Cuándo averiguaste que yo era Gunther?

—No te fingí amistad, Ralf. Presentí que eras Gunther cuando, al

irse Bruni, telefoneaste a alguien; pero tardando en decidirte. Después te vi subir en un coche, siguiendo a una hermosa otoñal… y ahora, al oírte hablar de tu cansancio de alma, se concretó mi sospecha. ¿Cómo mataste a Magnus?

—Magnus ignoraba que sabíamos que daba dinero a Londres, y hacia inversiones a favor de Alemania. Jugando a dos paños. Cuando sus manejos financieros dejaban las riendas del dinero a un grupo, germanófilo, decidió Olaf que fuera suprimido. Magnus no se hubiera suicidado nunca, y empecé a apreciar tu inteligencia cuando no aceptabas el suicidio. Telefoneé a Magnus, advirtiéndole que quería cien mil dólares contra las pruebas de sus inversiones a favor de Noruega Libre. Me dió una cita, que no acepté. Fuí preparándole, y escogí mi momento. Un cambio de percusión, y su revólver favorito, estaba preparado. Entré al encontrarse sólo él. «¡Hola, Gunther! ¿Se decide entonces a vender su inteligencia a un financiero sucio?» Le adiviné la intención de matarme y, a la vez, la preocupación al verme con los brazos cruzados, insultándolo, afirmándole que a los primeros cien mil seguirían otros tantas… Fué rápido al encañonarme con el revólver que no había examinado, desde que yo lo modifiqué. Hipótesis: suicidio.

—Me pareció sincero tu afectuoso repudio del criminal atentado contra Sonia. Lo era. Sigue hablando, Ralf.

—Poco queda ya. Vine dispuesto a coger en red los contactos de agentes. Puede que te hubiese entregado, puesto que al fin y al cabo, eres hombre y nos reputan los reyes de la Naturaleza. Pero no hubiera consentido en que Bruni fuera destruida por Olaf… y menos que Janis Krusberg sufriera la tortura moral que ha estado sobrellevando Zoe Krusberg, que convencida que evitaba la muerte de su marido Lars Hanson, acaba de saber que Lars Hanson murió por obra y gracia de Olaf. Hasta la medianoche he recibido de plazo. Olaf no accedió a mi insinuación. Le dije que dejase libre a Bruni, que era mi único enlace con todos vosotros. No accedió. ¿Es que en mi vanidad voy a permitir que un vulgar sádico soberbio se crea superior en inteligencia a mi refinado cerebro? No, no…

—Te estás torturando moralmente, Ralf. Ya has pasado tu infierno. Conmigo no mientas más… No es vanidad, no es refinamiento. Es que… no naciste criminal. Lo fuiste accidentalmente.

—Ten en cuenta que os puedo atraer a todos a la última trampa.

—Correré este riesgo a tu lado, hasta el fin.

—Traidor a mi conciencia, es una compensación ser traidor a Olaf. Naturalmente, pueden rescatarse a Janis y Bruni. Pero si yo puedo dar un acceso a treinta y dos valientes, no podré evitar que pocos de ellos salgan vivos. Eso sí… prometo que con mis informes, y empleando terminología bélica, las bajas serán mucho más crecidas en

el campo contrario. Olaf ignora que tuve ocasión de copiar para mi uso personal y, por si lo necesitaba algún día, el plano completo de las instalaciones de alarma, minas, fosos, que rodean el palacio de Fossborg. Los ingleses pagarían una fortuna por este plano… Voy a venderlo, Alex. Ni por cien mil libras, ni por cincuenta mil, ni por mil, señoras y señores. Ni siquiera por treinta monedas… Te lo vendo a ti, Alex, en nombre de Sonia, de Janis, de Bruni y de Zoe… Te lo vendo a ti por una simple prueba de amistad. Me basta con saber que en vez de despreciarme, te apiadas de mí… No, no, Alex, por favor… No pretendas estrechar mi diestra… porque soy zurdo, y no consiento este gesto prematuro. Quiero tu diestra, cerrando mis párpados, si le da tiempo, de rescatar a Janis y a Bruni… y verme morir. Hace frío aquí, Alex… Posiblemente, Hans Dietel y Nils Norman esperan en casa de Morvak. Son gente impulsiva, no son desgraciados intelectuales que juegan a ser hombres de acción. Puede que tengas que cerrar mis párpados antes de tiempo. Por si acaso, toma este paquete de «Muratti». Cigarrillos internacionales, envueltos en papel de estaño, impermeable. La explicación de todos los signos se halla en el papel de estaño. Cada cigarrillo…

Andando, atajó Gilroy roncamente:

—Lo explicarás tú, Ralf. Podrán ser unos impulsivos, hombres como Hans Dietel y Nils Korman; pero sabrán comprender cuándo un hombre… rescata errores pasados, al haber pretendido vivir contra su conciencia. Sabrán comprender cuándo un hombre da su última clase… Su testamento verbal.

—En definitiva, muchos de ellos están comprendidos en el «Ave, César», sólo que morirán saludando a un ideal.

XIII

Rechazó Olaf Krusberg, con gesto de fastidio, la bandeja de dulces que presentaba la doncella, vestida de raso negro y con breve encaje blanco. Se retiró ella, llevándose la mesita rodante con el servicio.

Olaf Krusberg miró en el cuadrante del dictáfono el luminoso guiño color azul, y bajó la palanquita. Desde el cuerpo de guardia principal, informaban que el agente Gunther, del «S. K.», comprobada su personalidad, acababa de ser introducido en el salón particular, escoltado por Heinz Bruster.

Minutos después, Ralf Banister entraba en el despacho, donde Olaf Krusberg removía, con cucharilla de oro, el café contenido en tacita de Sajonia engarzada en soporte de arabescos áureos.

—Buenas noches, Banister. Está usted bastante desmejorado desde la última vez que nos vimos.

—La tensión de nervios aniquila lentamente, y un reposo es conveniente.

—¿Un poco de coñac? ¿Ginebra? No le ofrezco café, pues sus nervios están desequilibrados.

—Dije que me convenía un reposo, pero no que estaba desequilibrado. Por cierto que si me tolera la asociación de ideas, su personalidad es juzgada muy caprichosamente por el extranjero.

—Me complacerá oírle después acerca de este tema, que domino yo a la perfección. El «yo» es la única ciencia en la que uno mismo casi penetra. Debo recordarle que, si bien se le concedió un margen de iniciativa, era su obligación comunicarme si le daba autorización para ausentarse de Norteamérica. Resultará algo chabacano, entre hombres de intelectualidad demostrada, pero he de recordarle que los fondos que le permiten viajar sin preocupaciones de orden material, salen de una caja cuya llave tengo.

Ralf Banister sonrió sin la menor amenidad. Con displicencia sardónica…

—Le pido mil excusas por pretender soslayar la gran verdad de que usted me puso un collar dorado. De todos modos, acaricio la ilusión de que mis ladridos le habrán siempre parecido musicalmente afinados.

Olaf Krusberg fijó en Banister una mirada despreciativa, mientras iba sorbiendo golosamente el café. Al dejar la tacita, comentó:

—Su tipo de intelectualidad necesita adaptarse más a la disciplina. Se permitió usted dictarme órdenes al solicitar que dejase libre a Bruni Ingeborg.

—Lo consideraba como un acorde orquestal, conducente al «crescendo» final de la sinfonía de metralletas, que era la captura en redada de todos los elementos enviados en comando.

—Bien, estoy esperando. Ladre, Banister — sonrió ácidamente Krusberg.

—Dos grupos de quince especialistas de asalto, una selecta fuerza de choque, se ha dividido en cuatro secciones, dirigidas, respectivamente, por Hans Dietel, Franz Stiler, Nils Korman y Alex Gilroy. Se proponen tomar por asalto este edificio.

Olaf Krusberg, en pie, encogió los anchos hombros en gesto desdeñoso.

—Estratégicamente, salvo una fuerza compuesta por dos batallones, podría intentar penetrar aquí. Las alambradas dobles, las minas, y los fosos, así como el cableado de alta tensión, impiden el éxito de cualquier intentona de asalto. De todos modos, hay una contradicción en su informe, Banister, y en el que he recibido cómo

cierto.

—El comando particular, formado por Alex Gilroy, Nils Korman y yo, al mando de Bruni Ingeborg, tenía el propósito de apoderarse de su archivo secreto y, a ser posible, darle a usted un reposo definitivo.

—No necesito reposo yo, Banister. Pero, yendo a lo positivo: el comando enviado desde Westondale, estaba equipado para una acción terrorista, de sabotajes en bases navales, núcleos de comunicaciones y cuarteles patrulleros.

—Pero les fué ordenado también que, en el caso de requerir su ayuda el comando privado, colaborarían en la operación de destruir este jardín de suplicios, usted incluido.

—¿Á que hora efectuarán su intentona?

Miró Banister su reloj de pulsera, y dijo:

—Faltan exactamente quince minutos para la hora «H».

—¿Por qué camino vienen?

—No pude averiguarlo. Sé que atacarán desde diversos puntos, en cuatro secciones de asalto. Llevan metralleta, bombas de mano, incendiarias y de un poder expansivo patente, habida cuenta de lo reducidas que son.

Olaf Krusberg se aproximó al dictáfono, comunicando con el cuerpo de guardia, y pulsó el interruptor. Habló con precisa lentitud:

—Conecten el cableado y preparados los nidos de ametralladoras. Estado de alarma general. Salgan a ocupar sus casamatas, las patrullas. Cuatro grupos de ataque se dirigen hacia aquí, y entrarán en acción antes de diez minutos.

Cortó la comunicación, y adujo:

—Serán recibidos adecuadamente.

—El mando lo ha previsto todo. Menos un punto, Komissar.

—Me consta que no hay punto débil en mi defensa, Banister.

—Paracaidistas.

—Los aviones podrán lanzar espías, o grupos de acción, en terrenos aislados, solitarios. Aquí fracasarían. Cuando estalle el primer compás de lo que llama usted sinfonía de metralletas, le permitiré presenciar desde mi torre observatorio la eficacia de mis dispositivos. ¿Cómo me juzgan en el extranjero?

—Un pequeño Nerón grotesco, mi querido Olaf. Algo así como un aborto de aficionado a verdugo. Me ha preguntado usted la opinión ajena, no la mía, mi querido Olaf.

—Me consta que no movilizarían tantos elementos para destruirme si me considerasen enemigo de poca categoría.

Olaf Krusberg abandonó el despacho, seguido por Banister, que volvió a mirar su reloj. Se dirigió hacia la derecha y, deteniéndose, Olaf Krusberg inquirió secamente:

—¿Dónde va?

Sin replicar, Banister, conocedor por el detallado plano de la topografía del edificio y sus defensas exteriores, entró en el corredor, que conducía a los sótanos.

Se detuvo ante la puerta blindada. Y encendió un cigarrillo.

Olaf Krusberg, que había cogido de una panoplia una fusta de jinete, la hizo chasquear contra su bota, al ladearse ante la puerta blindada.

—Le encuentro muy desequilibrado, Gunther. Hasta en su sentido de orientación. No es por aquí que se llega a mi observatorio…

—Oí comentar que los equipos constructores de las defensas y modificaciones hechas en esta casa y parque, no regresaron nunca a sus domicilios. Estuvieron trabajando cinco meses, constantemente vigilados, sin abandonar el recinto que iban fortificando.

—Eran prisioneros de guerra, rehenes.

—Y muertos a tiros, no podrían nunca revelar los vericuetos de escape. Porque es de suponer que usted preveería la posibilidad de que en un ataque fructuoso le sería necesario tener una vía de escape, a ser posible subterránea, y que le alejase lo suficiente de los lugares en que cantasen las metralletas.

—Todo está previsto.

—Menos un punto, Olaf…

Y Ralf Banister tendió el índice hacia abajo, como si señalara entre sus pies. Acababa de estallar el primer compás explosivo…

Y una graneada sucesión de explosiones y ráfagas de metralleta, llegó en sordina a oídos de Olaf Krusberg…

—Es fácil deducir que los cuatro grupos no han venido de frente, ni serán cogidos entre dos fuegos, Olaf. Casi podría afirmar que llevan toda la ventaja, al coger por retaguardia a sus pistoleros y ametralladores… Lo que era vía de escape para usted, se ha convertido en camino de entrada para ellos. Es curioso… ¿Les dió usted el plano archivado en su personal casillero?… Lo quemó después…; pero ya habían sacado una copia… Sí, una tal Elsa Nordolf… ¿Recuerda, Olaf? Rubia, enlutada… Me quería mucho, y aceptó copiar el plano, y remitírmelo…

Olaf Krusberg había abierto la puerta, y estaba descendiendo los peldaños, dirigiendo hacia abajo el cañón de su pistola ametralladora.

Pisaba el largo corredor primero, cuando se revolvió con velocidad. Le tembló el labio inferior…

Sus ojos buscaron anhelosamente al invisible Banister, al que, sin embargo, había oído bajar detrás de él y que había sido cacheado y desprovisto de toda arma al entrar…

En uno de los entrantes cercanos, entre dos celdas de la galería contigua, habló Banister, sin presentar blanco:

—Ya han eliminado a tu guardia subterránea, Olaf. El grupo

dirigido por Alex Gilroy, está ahora abriendo todas las celdas… Me temo que estás copado como una rata, Olaf. Si vas más adelante, te incrustarán melodía de plomo. Si retrocedes, te pulverizaré yo. Fui cacheado, pero ya te expuse lo pequeñas que son las bombas con que equiparon a los comandos. Cambié el plano por un poco de amistad y una sola bomba. Ellos la llaman «pimiento»…

Olaf Krusberg oía acercarse el rumor de puertas que se abrían, pisadas recias, culatazos contra cerrojos resistiendo…

Su ancha faz se hizo brillante, mientras se aproximaba hacia la galería en que se hallaba Banister.

Eran especialistas del cacheo los que registraban a los visitantes. Ralf Banister estaba haciendo un «bluff»…

Penetró Olaf de un salto en la galería, adhiriéndose a la oquedad dejada entre dos puertas, espacio habitualmente ocupado por algún guardián en espera de que salieran los interrogadores…

—Si disparas atraerás a Gilroy… Tardan un poco, porque tienen a su cargo ir llevando por tu vía de escape a los que van librando. Los otros tres grupos van destruyendo tus tentáculos defensivos, Olaf…

Olaf Krusberg disparó una ráfaga contra el que hablaba, ocupando entrante a cinco metros. Las balas arrancaron cemento y chispas, a un metro y medio de altura… En rebote, dos se incrustaron en el hombro izquierdo de Banister, que llevó a la doble herida, su zurda…

—Los habitantes de Oslo, tendrán un buen principio de día cuando sepan que los fuegos de artificio han precedido a la quema de este tétrico…

Otra ráfaga crepitó, y, rebotando, una bala vino a incrustarse en un costado de Banister…

—Malgasta municiones, Olaf. Es un lujo que no puedo permitirme, porque sólo moveré la mano cuando te vea llegar… Si es en esta galería que están Bruni y Janis… va a asomar pronto Alex… Un agresivo y muy inteligente amigo mío…, tolerante… con la ruindad ajena…, con todo lo humano… Contigo, ni él podría…

Olaf Krusberg corrió hacia la pared opuesta… Vió destacarse claramente las manos de Banister, apoyadas en su hombro y cadera, respectivamente.

Había sido un «bluff»…

Disparó Olaf Krusberg lentamente, por dos veces, antes de abalanzarse hacia la cercana puerta, que abrió con violencia, para encañonar a la que, sentada, al fondo, sobre el suelo, tenía los brazos en cruz, presas las muñecas en abrazaderas de cuero…

Bruni Ingeborg dilató los ojos, súbitamente consciente de que iba a morir…

Vió por entre las botas negras del que acababa de abrir, un

cuerpo arrastrándose, una mano zurda ensangrentada, asiendo un tobillo…

Se revolvió Krusberg, pisoteando la mano que pretendía cogerle… Y dirigía el cañón hacia abajo, hacia la cabeza de Banister, cuando se irguió.

En la entrada de la galería, Alex Gilroy, con la metralleta ante el pecho, conminaba:

—Las manos tocando al techo, Olaf… Deja caer tu arma…

Olaf Krusberg rodó los ojos con expresión enloquecida, de animal buscando un escape imposible.

Alzó rápidamente la diestra, pero sus disparos fueron espasmódicamente dirigidos hacia el suelo… Fué repitiendo en sobresaltos cada uno de los balazos que la metralleta de Gilroy trazaba en su pecho y rostro… Una «A», de vértice en la frente, de arranque en el corazón.

Irrumpieron dos comandos en la galería, abriendo puertas… Olaf Krusberg cayó arrodillado, apoyó la rota frente en el suelo, y por fin, desplomándose hacia un lado, quedó boca arriba, brazos en cruz…

En el exterior, a las llamaradas formando densas humaredas, sucedían intervalos más espaciados entre el crepitar de las metralletas…

Alambradas y casamatas, fosos de tiradores, atacados desde retaguardia, quitada la conexión de alto voltaje, habían sido barridas por el fuego concentrado desde las mismas terrazas del edificio.

Las bombas de mano iban apagando la vida en los últimos focos de resistencia. Hans Dietel y Franz Stiler avanzaban ahora para atacar los coches patrullas, que acudían desde los lugares en que estaban apostados para verificar la emboscada fallida

Jalonaron el suelo crepitante varios comandos, mientras varias furgonetas estallaban, convirtiéndose en metralla para los mismos que, bajando de ellas, disparaban sus armas…

En el anchuroso sótano, Nils Korman, comprobando que Bruni Ingeborg y Junis Krusberg, iban ya hacia los coches esperando para transportar a los rescatados a lugar desde donde pasarían a las lanchas rápidas, se volvió para gritar:

—¡Alex, retirada! ¡Pronto, Alex!

Alex Gilroy, arrodillado, mantenía sobre el antebrazo la cabeza de Ralf Banister, que aún pudo susurrar:

—No habrá más cefalalgias, Alex…

Un estremecimiento definitivo marcó el reposo eterno de «Gunther». Los dedos de Alex Gilroy cumplieron la petición. Cerraron los párpados sobre la vidriosidad de los ojos inteligentes…

Había terminado el comando privado.

***

Las lanchas rápidas que habían transportado a los dos grupos de Dietel y Stiler, llevaron a bordo del buque de guerra, camuflado, tres componentes del comando privado.

Y a los que, salvados de una muerte segura, abandonaban Oslo, rezando por los que allí quedaban, y por los supervivientes del comando de sabotaje dirigidos por Hans Dietel y Franz Stiler, que durante cierto tiempo, traerían en jaque a las patrullas de la Gestapo.

La mansión Krusberg era llama mortecina cuando amaneció. En su retirada peligrosa, el comando dirigido por Dietel había tenido tiempo de llevarse el cuerpo de Olaf Krusberg.

Una furgoneta patrulla, con seis hombres uniformados de azul oscuro, y casco, pasó por la calle principal de Oslo, al atardecer siguiente a la destrucción del cuartel general del Komissar Krusberg.

De ella salió proyectado un cuerpo macizo, fláccido al rebotar contra el asfalto. Llevaba al cuello una soga, arrastrando una pancarta:

«EX-KOMISSAR KRUSBERG»

Un testimonio evidente. Y lo fué también el estallido de dos furgonetas lanzadas en persecución de la conducida por Hans Dietel, que había, con sus compañeros, hecho nueva provisión de municiones y «pimientos».

***

En el despacho del comandante del contraespionaje norteamericano, una semana después, terminaba su informe Alex Gilroy.

Quedó unos instantes pensativo, y epilogó:

—El capitán Bruni volverá a las andadas con su esposo Nils; pero al menos hay dos Krusberg curados de toda veleidad bélica. Janis y Zoe Krusberg hallarán pronto víctimas propiciatorias… y creo que yo también voy a convertirme en víctima de alguna Eva. Cuanto antes me case, más tarde terminaré mi existencia. Si… Será la obra póstuma de Ralf Banister… Prefiero jaquecas por la lucha contra el presupuesto casero, que cefalalgias de conciencia sensitiva.

Estaba ya en la puerta. El comandante sonrió, preguntando:

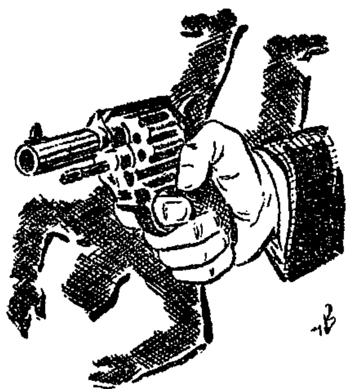
—Se despide así, ¿sin ningún golpe de teatro? ¿No me dice cuál es su Eva elegida?

—Ella misma vendrá a decírselo, comandante. Es su hija Janet.

Estaba ya lejos Gilroy cuando, recuperado, el comandante se abalanzó al teléfono. Y su hija Janet estuvo de acuerdo con Alex

Gilroy en que ya no debía ser un secreto, ni un «golpe de teatro», su próxima boda.

FIN



Para aquel gran "golpe" se exigía un gran tipo. ¡Y sólo EL GRAN MILLER podría ejecutarlo! Porque él, afamado tirador al blanco en la más espectacular pista circense del mundo, garantizaba con su pulso de acero y su vista de lince la firme y segura trayectoria del proyectil, que acabaría con la vida de un hombre-clave... ¡un hombre que detentaba un secreto del que dependían millones de vidas humanas!

Y cuando... **EL GRAN MILLER**

quiso volverse atrás para ofrecer su pistola a los más destacados agentes del C.I.A.... ¡halló cerrándole el paso una colosal cortina de fuego y de sangre!

EL GRAN MILLER

es el título de esta estremecedora y dinámica novela, cuya intriga cien por cien sólo podía urdir una pluma como la del famosísimo autor

TONY T. TOWER

el cual le hará vivir a usted, amigo lector, la más inolvidable y emocionante aventura a través de las páginas de

EL GRAN MILLER

que la Colección SERVICIO SECRETO... ¡publicará en su próximo número!

Notas

[←1]

Análoga al "Intelligence Service" aunque creada en Norteamérica pocos años antes de la última guerra y que era conocida por las

siglas: O.S.S.